

A woman with long, light-colored hair is shown from the chest up. Her hands are raised in front of her face, palms facing forward, in a gesture that could be interpreted as 'stop' or 'I see you'. The image has a light blue/teal tint. A circular mirror effect is applied to the center of the image, showing a reflection of the woman's face. The text 'OPERACIÓN Espejito' is overlaid on the lower half of the image.

OPERACIÓN *Espejito*

Valeria Cáceres B.

OPERACIÓN ESPEJO

Valeria Cáceres B.

Valeria Cáceres B.
Séptima Región del Maule, Linares —Chile
Año 2018
DDI N° 1810258811438
©Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes que aquí acontecen son producto de la imaginación de la autora o están usados de manera ficticia y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares, es mera coincidencia.

*“No quiero decepcionarte,
Pero estoy atado al infierno,
Aunque creo que todo esto es por ti,
No quiero esconder la verdad.”*

Demons – Imagine Dragons

Prefacio

Zeta

A Vanesa la conocí en un bar. Y nuestra historia empezó como toda historia de bar. Ella estaba sentada en un taburete mirando su reloj. Y yo estaba más pendiente de su escote que de sus ojos. En fin, ¿a quién iba a engañar? Siempre fui un Don Juan.

Le invité una copa. Quería llevármela a la cama. ¿Quién no?

Aceptó un poco temerosa, pero su sonrisa me dio pie para entablar una conversación banal. ¿Por qué estás aquí tan sola? ¿Vienes muy seguido? Nunca te había visto.

Resultó que estaba esperando a alguien. Un tipo que se robó la atención de todas las mujeres que se encontró a su paso y que le dio un sonoro beso en los labios. De forma posesiva.

—Llegas tarde —le dijo ella con la vista baja.

Dejé de mirarlos para fijarme en los tragos ordenados que había detrás del bar. Vodka. Whisky. Pisco. Tequila. Ron.

El barman me conocía, así que no tardó en llenar mi copa del mejor Vodka.

Mientras me lo bebía, la pareja desapareció. Iban a los gritos. Recriminándose cualquier cosa.

Otra noche pasó lo mismo. Me la encontré allí mirando su reloj. Y me atreví sin ninguna pretensión a hablarle. Hay cosas que se deben hacer con calma, de manera estudiada. Claramente fallé.

—No sé para qué te vienes antes si sabes que siempre llega tarde.
—Bebí de mi copa atento a su reacción.

Me miró con el ceño fruncido y después suavizó el gesto cuando se encogió de hombros.

—Supongo que porque lo amo.

Me reí internamente. Amor. Qué absurda era esa palabra.

—¡Luis! —llamé al camarero—. Sirve dos copas de Vodka.

—No, gracias. Estoy bien —respondió ella con voz dulce.

—Es para que la espera no se te haga tan larga.

Se quedó callada, mirándome. Y en su mirada no pude evitar escuchar su grito de auxilio.

—Vámonos —le dije levantándome del taburete y tomándole la mano—. Vámonos de aquí antes de que él llegue.

No dijo nada. Fue como llevar conmigo a una muñeca de trapo que se dejaba guiar por mí.

La subí a mi auto y lo puse en marcha hasta un edificio que había sido casi como un Motel. Renté un departamento y ella siguió aferrada a mi mano. Complementando lo que no sabía que me faltaba. Ella.

No presté atención a aquello, sino más bien me dediqué a desnudarla. Y cerré los ojos. Los cerré porque no quería verla y saber que no estaba haciendo lo correcto. Que ella no estaba allí por sexo sino por algo más. Necesitaba ser escuchada, pero yo no quería hacerlo. La usé. La usé como a cualquier mujer. Sabiendo que era frágil. Que estaba vulnerable.

Ella se dejó guiar. Y poco a poco el deseo se apoderó también de ella. Me quitó la camisa y le ayudé a desprenderse de su sujetador.

Estábamos tan jodidamente excitados que no recuerdo muy bien cómo terminamos gimiendo apoyados en una pared. Y después en el suelo. Y en la cama.

—Vanesa —murmuró sobre mis labios—. Mi nombre es Vanesa.

No quería saber más de lo que ya sabía. Así que volví a besarla, inmovilizando su rostro con mis manos y, entre cuatro paredes, le hice... el amor.

Dos horas después estaba dormida sobre mi pecho y en la mesa de noche vibraba sin cesar su teléfono. Podía ver el nombre de quien la llamaba: Daniel. Así se llamaba el cobarde. Descubrí también, gracias a mi tacto, que en sus brazos tenía marcas de dedos grandes. Y no eran producto de una noche apasionada. No.

No quería despertar con ella, así que le dejé sobre la mesa un montón de billetes para que se fuera en taxi a casa y una nota en donde le sugería que dejara al imbécil de Daniel.

Me fui. Me fui con un vacío que jamás había sentido. Vanesa pudo ser cualquier otra chica de bar; una de las miles que tuve. Pero no. Vanesa tenía unos ojos que jamás podría olvidar.

Y, hasta el día de hoy, me pregunto si Vanesa seguirá frecuentando aquel bar con la absurda idea de que espera por amor a que llegue su príncipe azul.

Yo no soy un príncipe. Y nunca he sido azul. Más bien soy oscuro. Demasiado oscuro para Vanesa. Mucho más oscuro que Daniel.

II

Vanesa

Abro los ojos con dificultad. No lograba reconocer dónde estaba y, por un instante, creo que quien ha ocupado el otro lado de la cama es Daniel. De pronto una oleada de terror se apodera de mí y no puedo reprimir las ganas de vomitar. ¿Qué he hecho?

Corro al baño para vaciar mi estómago. No estoy borracha ni con resaca. Bebí solo una copa. Pero estoy nerviosa. De pronto las imágenes de la noche anterior me invaden por completo. ¡¿Qué hice?! Me repito una y otra vez.

Cuando por fin me recupero, me miro al espejo. Esa no soy yo. No puedo ser yo. Descubro el brillo inusual en mis ojos. Hay lujuria. Es como si mi cuerpo hubiese cambiado totalmente durante la noche. Me siento mujer. Y asqueada.

Daniel no me lo perdonaría jamás. Y, por solo haberlo hecho esperar, me iba a...

Trago el ovillo de nervios que se ha instalado en mi garganta y me largo a llorar. Me siento indefensa. Desprotegida.

«Protección». Esa mano que me condujo hasta acá me hizo sentir protegida. Solo un instante. Después... Después todo se descontroló.

Lo había visto antes. Una vez. Había intercambiado no más de diez palabras... ¡y me fui con él! «Y te acostaste con él», digo muy bajito mientras salgo del baño y observo la cama deshecha.

Mi ropa está esparcida por todo el piso. Mi celular descansa en la mesa de noche y, junto a él, una nota.

La tomo entre mis dedos con un temblor que adjudico a mi perturbación.

«Te dejé dinero para que te vayas en taxi...».

Ni lo había notado. Pero ahí está. Es mucho. Demasiado.

Sigo leyendo.

«Deja a ese imbécil de Daniel.»

¿Cómo supo el nombre de mi novio? ¡Mi teléfono! Dejo de leer la nota y enciendo la pantalla de mi celular. Cuarenta y cinco llamadas perdidas. Y al menos veinte mensajes de voz.

Me siento en la cama con indecisión. Y es allí, sentada, que me doy cuenta de que aún sostengo la nota en mi mano. Entonces leo lo último que escribió.

«Si lo amaras tanto, no estarías ahora aquí.»

¿Quién se cree? Dejo caer la nota y me cubro el rostro con ambas manos. Vuelvo a sentir náuseas. Abro los ojos de pronto. ¿Se cuidó? Busco por todos lados algún indicio de aquello. Dos envoltorios de preservativos me devuelven un poco el alma.

Salgo de allí intentando ocultar mi vergüenza y prohibiéndome recordar lo vivido la noche anterior. No sé ni el nombre de aquel hombre. Podía ser un violador o un asesino. Pero no pensé. Aún no comprendía por qué me había dejado llevar por él.

«Escapabas de Daniel», me susurra esa voz que, aunque se está volviendo cada vez más muda, aún sigue dentro de mí.

Daniel... Daniel era el hombre más guapo con el que había salido. Él me amaba. Él quería casarse conmigo. Él quería que yo fuera la madre de sus hijos. «Él te golpea», susurra otra vez aquella voz. Pero me digo que tal vez es mi culpa. Muchas veces lo hago enojar. Y, lo que había hecho anoche, lo iba a hacer enojar mucho. Muchísimo.

De forma automática me abrazo. Me abrazo porque iba a necesitar un abrazo después de que me presentara en su puerta.

No quise escuchar los mensajes de voz. Sé muy bien lo que decían. El primero tendría un tono de voz cariñoso y conciliador. «Sabes que te amo. No quería hacerte esperar». Después vendría su desesperación. «Contesta, puta. ¿Dónde estás? ¿Con quién estás? ¿Por qué no me contestas?». Y, finalmente, vendrían sus amenazas. «Te juro que te voy a encontrar y no te van a quedar ganas de desaparecer, porque lo haré yo mismo. Te juro que si te encuentro con otro te mato. Te mato».

Pero él no lo decía en serio. No sería capaz de matarme. Y, tal vez bajo esa convicción, me presenté en su puerta. Y fui una hoja ante él. Gritó. Preguntó dónde había estado y... no pude mentir. Aún no sabía cómo, pero le había dicho que me había ido con alguien porque no llegó. Y dejé que me golpeará. Como siempre.

Pero lo dejé. Esta vez para siempre. Lo dejé no porque me golpeará. Lo dejé porque me sentía demasiado asqueada conmigo misma. No por él, sino por mí y el hombre sin nombre. Soy estúpida, ¿verdad? Debería haberme sentido asqueada en cuanto me levantó la voz la primera vez. O cuando me convenció de que dejara mis estudios porque no los necesitaría si estaba a su lado (Él era un hombre que no tenía necesidades económicas). O cuando me empujó la primera vez porque conversaba con un compañero de trabajo.

Pero no lo hice. No pude ver cuánto daño me estaba haciendo.

Han pasado algunas semanas. Daniel me estuvo llamando. Quería invitarme a una copa en aquel bar donde conocí a... Zeta. Le bauticé así porque recordé que tenía un tatuaje en forma de Zeta. Y acepté. Me costaba tanto decirle que no todavía. Pero acepté con la intención de explicarle que me iba. Viajaría fuera del país. Quería iniciar una nueva vida. Sin él.

Estoy sentada en el taburete de siempre y pido Vodka. Aún no sé por qué. Tal vez una parte de mí tiene la intención de encontrarse a Zeta. No he podido dejar de pensar en él. En cómo me miró cuando me desnudó. En la contradicción que había en sus besos. Efusivos y tiernos. Tal vez para él fui una más. Pero él sin duda fue alguien especial para mí. Me abrió los ojos. Quizás de forma errónea al principio, pero él fue el detonante para alejarme

de Daniel.

Daniel aún no llega. Nada raro en él. Sin embargo, yo no he perdido la costumbre de consultar el reloj. Media hora y nada. Está claro lo importante que soy para él. Irónicamente hablando, claro.

La espera me hace cometer otra locura. Miro al barman y pregunto:

—¿Conoces al...? —señalo el taburete desocupado de mi lado izquierdo.

—¿Con el que te fuiste la otra noche?

Me sonrojo. No esperaba que me recordara por eso.

—Sí. Él... —murmuro con voz cortada.

—Venía seguido. Ya no.

—Ah... —digo decepcionada.

Daniel llega en ese instante. Sonríe de esa forma que a mí tanto me escandalizaba en un pasado. Ya no. Yo ahora tenía en mente otra sonrisa. Otros labios.

—¿Cómo estás? —pregunta, pero no se ve especialmente entusiasmado por la respuesta. Es más, no me deja contestar—. Sabía que al final ibas a recapacitar. Vamos a casa.

Toma mi muñeca e intenta levantarse. Me resisto.

—No... —casi se quiebra mi convicción.

—¿No? —alza la voz y tiemblo.

—No. —Trago saliva, lo miro a los ojos y le digo—: Me vine a despedir, Dani.

—¿Cómo es eso? —Me mira fijamente con el ceño fruncido.

—Me voy fuera del país. Es lo mejor.

No sé cómo me arrastra fuera del local y, mientras la gente pasa por mi lado sin inmutarse, me grita. Me dice que soy cobarde. Que no lucho por

NUESTRO amor. Que él ME ama. Que estoy loca. Que soy una puta.

Entonces un ruido ensordecedor lo acalla. Y ese silencio me da tanto miedo como sus gritos.

Lo veo tirado en el piso. La sangre comienza a cubrir su camisa a la altura del brazo y yo me desespero. Miro detrás de mí, desde donde ha venido el ruido. Un hombre lo apunta con su arma. Lleva un pasamontaña oscuro y solo se le ven sus ojos. Los que me son demasiado familiares.

—¡Vete! —me grita. Y su voz también es demasiado familiar.

¿Cómo iba a dejar así a Daniel? Él debió intuir mi pensamiento, porque sacó su celular para pedir una ambulancia. En cuanto corta, repite:

—¡Vete!

Y me apunta. Pero por alguna razón no tengo miedo y me acerco, temeraria, a aquel revólver.

—Te conozco... —susurro para que solo él me escuche. Miro su mano descubierta y, en el dorso, lleva una Zeta.

Retrocede, baja el arma y se mete a un auto que lo hace desaparecer.

¿Qué es todo esto? Vuelvo a mirar a Daniel, pero está rodeado de gente que pretende ayudarlo. Poco después llega la ambulancia y se lo lleva.

Lo acompaño solo hasta que me aseguro de que todo está bien. Después, con más dudas que antes, armo mi maleta y me subo a un taxi rumbo al aeropuerto.

Es en policía internacional en donde lo veo otra vez a cara descubierta. Camina junto a una mujer con placa y dos hombres totalmente de negro. Estoy segura de que me ve, sin embargo, rehuye mi mirada.

Y me voy... sintiendo que es mi salvador.

III

Zeta

Salir del país para mí siempre era fácil. Marta es buena amante y también un buen contacto dentro de la Policía Internacional.

—Lo que necesites, sabes que puedes contar conmigo.

Asiento con la cabeza y hago un gesto a los dos hombres que me acompañan para que se aparten con las maletas.

Una vez que estamos solos, entrego la fotografía y el nombre de una mujer.

—Quiero que averigües cuál será su residencia en Londres.

—¿Y ella es...?

—Marta... —La miro llamándole la atención con frialdad—. Jamás he dado explicaciones de mis asuntos. Lo que te pago debería ser suficiente como para poner todo a mi merced sin chistar.

Dicho lo anterior, le beso los labios rápidamente y camino hasta la zona de embarque.

Mucho antes de que el vuelo despegue ya tengo un mensaje en mi teléfono con más información de la que había solicitado. Por ejemplo, que ella está en uno de los asientos finales del avión. Nos separan varias filas, pero me sirve. No quiero que me vea. No me siento preparado todavía.

Cometí una estupidez al dispararle a su novio. Eso aceleró mi salida de

Chile. Se suponía que debía pasar desapercibido. Se suponía que los negocios y el trabajo que iba a hacer no se mezclarían con el placer. Y yo lo mezclé todo. Para nadie es un secreto que me aventuro en cada viaje con alguien, pero Vanesa estaba prohibida. Y, lo peor, es que me había hecho hacer lo que ninguna: Desviarme de un objetivo para salvarla. ¿Qué seguía haciendo en ese bar con ese imbécil? Sentí celos. Y un poco de miedo también. Nunca siento miedo, pero me acobardé ante sus ojos. ¿Por qué me había mirado así? Me había reconocido, no había dudas. Entonces escapé. Escapé hacia mi real objetivo y las seis balas que le quedaron a mi revólver las descargué con una de las persona que traicionó a la organización. Y lo maté. Como a tantos otros.

Cuando dije que era oscuro era cierto. Estoy demasiado hundido en mi propio lodo como para arrastrar conmigo a Vanesa, pero no puedo alejarme de ella. Lo intento, pero no lo logro.

Que yo estuviera allí justo cuando Daniel la maltrataba afuera del bar no fue coincidencia. Esa misma noche había decidido observar sus pasos... cuidarla. Solo con recordar mi intención me río. Me río de mí, porque de quien debería cuidarla es de mi propio turbio presente. Esta es mi vida. Y Vanesa no encaja en ella. Supuestamente.

Estoy obsesionado. Averigüé que vino a Londres a estudiar. Vive con dos compañeras de universidad y los viernes sale a tomar unas copas junto a un grupo de chicos de su edad.

Y aquí estoy. Observándola. Se le ve jovial. Distinta. Y sonrío. No logro ver sus ojos y no puedo acercarme demasiado sin asustarla, pero se nota que es más feliz que en el pasado.

Entre un asunto y otro de los míos, me ha costado concentrarme completamente. Hoy, por ejemplo, quise seguirla hasta su universidad. No soy sicópata, lo juro. Solo quiero asegurarme de que está bien. Y que Daniel no vendrá hasta acá para molestarla. Solo quiero estar por si algún día se presenta...

Llevo un mes traficando cocaína en Londres. No soy drogadicto, por si se lo preguntaban.

Cada vez que tengo un tiempo observo desde lejos, entre las sombras, la vida de Vanesa. No quiero asustarla, pero tengo la intención de acercarme. Un deseo más allá de lo que puedo controlar me impulsa a buscarla. La necesito. La necesito como si ella fuese mi droga. Y repito, jamás he sido un drogadicto. Jamás lo fui hasta que ella llegó a mi vida. Hasta que ella me dejó desnudarla. Hasta que la abandoné en aquel departamento. Hasta que me miró a los ojos y me reconoció. Le pertenezco. Le pertenezco y ella no tiene la menor idea de lo que puede hacer conmigo. Ni de lo que yo puedo hacer con ella.

Llega el viernes y la transacción con unos clientes se demora más de lo esperado. Consulto mi reloj con insistencia y Alfred, uno de los hombres que me acompaña, me consulta si estoy bien.

—Estoy apurado —respondo con voz seca al tiempo que me pongo mis anteojos—. Sabes que odio que me hagan esperar.

Cerca de medianoche, Laura, una fiel pero poco puntual cliente, lleva en su maletero más de treinta kilos de cocaína. Simón, otro de los fieles, se lleva lo suficiente para abastecer un club nocturno. Y Sarah, viaja exclusivamente de Francia para verme y comprar unos cuantos Crack. Tengo clientes de todo tipo, de los que compran de manera abundante y de los que se abastecen de pocas cantidades porque ya no les alcanza para comprar más de tres o cuatro.

Cuando me despido de Sarah, le dejo mi tarjeta para que me visite en mi hotel dentro de las próximas noches. Después, como si tuviera algo mejor que hacer, tomo mi auto y me voy al local en el que sé que la voy a encontrar. Mientras desciendo del vehículo, me repito una y otra vez que estoy ahí para vigilar que todo marche bien. Solo para vigilar.

Me siento en un taburete del bar y observo a todos. Al principio no la veo, después su traje de lentejuelas capta toda mi atención. Se mueve. Se mueve de forma exagerada en la pista con un tipo totalmente desconocido que con sus manos la recorre. Me bebo el Vodka de una sola vez y camino

hacia ellos. Es cuando lo aparto y le doy un puñetazo cuando me doy cuenta de que he hecho algo estúpido. Por ella. Otra vez.

IV

Vanesa

Me dejo llevar por el ritmo de la música. Cierro mis ojos y permito que Esteban, el primo de una de mis compañeras, me tome por la cintura. Vuelvo a sentirme libre. A sentirme mujer.

Bailo por mí. Bailo para celebrar que mi vida está por fin encausándose.

Llevo poco más de un mes en Londres y Daniel ya es parte del pasado.

Sonrío de puro placer y continúo mi baile al ritmo de la música. Esteban se acerca un poco más y eso me incomoda. Sin embargo, no abro los ojos. No de inmediato. Lo hago solo cuando siento un golpe, uno seco.

Me parece vivir un Déjà vu. ¿Qué pretende ese hombre? ¿Qué hace él en Londres? Sin duda esto ya no es una coincidencia.

El primo de mi compañera no duda en responder el golpe y ninguno de los dos se detiene pese a mi insistencia.

Finalmente son los guardias quienes logran separarlos.

—¿Quién mierda eres? —pregunta Esteban mientras los sacan a la salida del local. Les prohíben ingresar otra vez a ambos y yo no entiendo qué es lo que hago aquí, en medio de ambos.

Zeta lo mira, pero no dice nada. Y yo lo miro a él. Ese hombre consigue mantenerme embrujada pese a todo.

—Ah, ahora entiendo —dice Esteban cuando nota mi inspección hacia el sujeto que lo ha golpeado—. ¿Es tu novio?

—No... —Niego rotundamente y no sé por qué recuerdo a Daniel.

—Entonces vámonos de acá. —Está tan molesto que creo que no mide la fuerza con la que toma mi muñeca y me arrastra con él.

—Tú no te la llevas a ningún lado. Menos de esa forma —La voz de Zeta es como un gruñido. Nos paraliza a ambos. Esteban se vuelve para mirarlo y me suelta para acercarse a él.

—¿Qué forma? Si aquí el matón eres tú...

Zeta no se perturba en lo absoluto. Su sola presencia impone mucho más que las palabras de Esteban.

Cuando Zeta me mira, me vuelve a aniquilar por dentro. Tiene unos ojos tan expresivos.

—¿Quieres irte con él? —me pregunta con esa voz rasposa de chico malo.

La verdad es que no. Por una extraña e inexplicable razón quiero quedarme aquí, aunque fuese en silencio, mirando sus ojos.

Como no formulo una rápida respuesta, Esteban habla:

—Yo no sé qué tienen ustedes dos, pero no quiero ser parte de eso. Lo siento, Vanesa... Pero me voy. ¿Vienes o te quedas?

—Ve tranquilo, Esteban. Hay un par de cosas que debo solucionar. —respondo mirando a Zeta al tiempo que me cruzo de brazos.

Ni siquiera me doy cuenta si Esteban se despide o si simplemente se va.

Yo solo me fijo en él. En ese hombre lleno de misterios. Necesito explicaciones. Y él va a dármelas.

—¿Quién te crees? Primero golpeaste a mi novio y ahora a mi amigo. ¿Sabes que podría denunciarte? —luego susurro muy cerca de su boca—. Estabas usando un arma... Y encapuchado. ¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres de mí?

Iba a responder. Juro que vi cómo tomaba una bocanada de aire para hacerlo, pero entonces dos vehículos negros nos rodean y no sé cómo un par de hombres robustos me meten dentro de uno de ellos.

A Zeta se lo llevan en el otro y yo estoy tan asustada que ni siquiera

entiendo lo que me dice cuando pasa por mi lado.

Siento pánico cuando cierran la puerta. Tengo terror de lo que me va a pasar. Dios, ¿dónde me he metido?

Miro hacia todos lados. No se puede ver nada hacia afuera, el conductor tiene una ventanilla que en estos momentos se encuentra cerrada y los dos hombres que me acompañan no paran de hablar en un idioma que no logro identificar.

Quiero llorar. Estas cosas solo las vi en las películas. Quiero llorar porque me había sentido muy segura estando cerca de Zeta, pero cuando pasó todo, él ni siquiera puso resistencia. Y por sus brazos y por el rechazo que le dio a Esteban, estoy segura de que hubiese tenido la fuerza suficiente para luchar para que me soltaran. Pero no lo hizo.

—¿Qué hago aquí? —Logro preguntar cuando el nudo que tenía en la garganta afloja.

Pero no me oyen o no me entienden. O quizás no me prestan atención. El vehículo sigue en movimiento y el ruido del motor más los teléfonos que suenan son todo lo que se escucha.

Me siento tan impotente. Y tan vulnerable. Miro mis piernas desnudas y temo por mí. Hubiese deseado no haber usado ese vestido. O haberme ido con Esteban. O no haber viajado a Londres... O no haber terminado mi relación con Daniel.

No aguanto más y me largo a llorar. Es cuando me llevo las manos al rostro para cubrir mis ojos cuando comprendo que no me tienen atada.

Las luces del interior del auto se apagan y todo es oscuridad.

—¿Pueden decirme qué quieren? —comienzo a desesperarme y si no me responden pronto voy a ponerme a golpear a todos. De pronto una voz me hace erizar la piel. No la conozco, pero da miedo.

—Deje de hacer preguntas si no quiere tener problemas.

De pronto me parece entender lo último que Zeta había dicho: "Yo voy a arreglarlo".

Fue un camino largo. El más largo de toda mi vida. Cuando la

furgoneta se detiene, deseo reencontrarme con Zeta al bajar.

No es así. Me vendan los ojos y me llevan hasta un ascensor. Lo intuyo por la campanilla que anuncia que hemos llegado a uno de los pisos, al parecer subterráneo.

Me sientan en una silla y me ponen las manos detrás de la espalda atadas a unas esposas. ¿Es un secuestro?

—Ahora vas a empezar a hablar...

¿Hablar? ¿Hablar de qué?

—¿Para quién trabajas? —pregunta aquel hombre de voz amenazante.

Ingenuamente respondo.

—Solo hago turnos nocturnos de lunes a viernes en el pub.

Había encontrado un trabajo de medio tiempo para cubrir los gastos que mi beca de estudio no hace.

—Ah, eres una puta con horario establecido. Es sábado, supongo que no estás haciendo horas extras.

Me siento tan violentada. Tan miserable. Claro que mi vestimenta no ayuda. Daniel tenía razón. Yo no debería usar este tipo de ropas.

Lo peor es que el sujeto ni siquiera usa un tono sarcástico para decirlo. Realmente cree que soy una prostituta.

—No. Soy mesera —aclaro con vergüenza.

Daniel había hecho un trabajo de joyería conmigo. Me convenció de que por mis medios siempre me iría mal. Que sus dichos eran ley. Y aquí estaba yo. Avergonzada por lo que era, por cómo vestía, por mis decisiones.

—Dime desde cuándo nos estás quitando clientes.

—Yo...

—Basta de excusas... —susurra otra voz a mi oído—. Empieza a hablar si no quieres que probemos otros medios.

Mis latidos comienzan a aumentar su ritmo y el sonido del celular por fin aleja al hombre que estaba respirando en mi oreja.

Responde en francés y, después, cuando corta, le habla al otro en un idioma inespecífico para mí.

Siento sus pasos alejarse y que cierran la puerta con llave. Son a lo menos tres cerraduras que suenan y yo respiro aliviada.

No sé si pasan dos o tres horas. Tal vez menos, pero a mí se me hacen eternas. Estoy cansada de la posición en la que me han dejado. Intento levantarme, y entonces siento el acero incrustándose en mi tobillo. No es una esposa, pero es un aro en mi pie que no permite moverme.

—Mierda... —gimoteo—. ¡Ayuda! ¿Hay alguien ahí?

Mis ruegos no habían sido escuchados antes, menos ahora que casi no me sale la voz. Tanta oscuridad, tanto silencio, me aterroriza. La incertidumbre no hace más que acrecentar el miedo y... Me estoy rindiendo. No logro mantenerme alerta. Estoy demasiado agotada mentalmente como para escuchar cualquier ruido del exterior.

Y... Entonces... Caigo al suelo, cansada y aún atada a la silla.

No puedo definir si es de día o de noche. Comienzo a tener hambre. Deseo ir al baño con urgencia.

—¡Necesito ir al baño! —grito.

Silencio.

—¡Ayúdame, por favor! —ahogo mi súplica en mi garganta, pensando en Zeta.

El sonido de unas llaves me devuelve la esperanza.

—¿Eres tú? —pregunto cuando se acerca a mí.

No dice nada. Ni su olor puedo reconocer por culpa de lo rancio del ambiente.

—Necesito ir al baño... —digo casi sin fuerzas.

Me quitan las esposas y el aro que mantenía prisionero a mi pie

derecho. Entonces una mujer alza la voz desde lejos. Deduzco que desde la puerta.

—Yo me encargo.

Paso de una mano a otra y es ella quien termina guiando mis pasos.

—¿Puedo quitarme la venda? Necesito ver...

Ni siquiera responde. Me deja en un lugar, baja sin pudor mi ropa interior, levanta mi vestido y me empuja hacia el WC.

Quiero que salga. Que me dé intimidad. Me quedo esperando a que lo haga, pero eso nunca ocurrió.

—Necesito papel...

Corta un poco para mí y me lo deja en las manos.

Respiro profundo y me armo de valor.

—Me llamo Vanesa...

Alguna vez leí que si hablabas de cosas personales con tus secuestradores les costaría más hacerte daño. No sabía si era real o no, pero yo estaba desesperada.

—No sé qué quieren de mí.

—¿Ya terminaste?

—Sí... —digo con pesar—. Ayúdame. No sé por qué me tienen aquí.

—Claro que lo sabes...

—No. Lo prometo... Tengo miedo... Dime qué se supone que hice y así puedo aclararles todo.

Otra persona entra al baño. Por suerte ya me he bajado el vestido.

—Hay que trasladarla.

Y luego dice otra frase que provoca que me quiten la venda.

La mujer es joven, pero parece tener poder ante el hombre que allí está.

Me mira de cerca. Busca algo en mis pupilas que parece no encontrar.

Maldice en francés y, después, ordena a que me trasladen.

Me relajo. Tal vez todo es un error. Sí. Es un error.

Vuelven a vendarme. Pero esta vez me guían hacia una planta alta. Parece ser el último piso de un edificio demasiado alto.

Intento recordar qué rascacielos importantes hay en Londres, sin embargo, no puedo llegar a ninguna idea.

Cuando me dejan dentro de una habitación y me quitan la venda, puedo ver que ésta tiene ventanales de suelo a techo y solo se pueden observar un centenar de luces pequeñas.

Es una habitación vacía. Llena de mí. Llena de mis miedos. Llena de silencio. Llena de preguntas.

¿Quién es Zeta? ¿Por qué creían que yo podía haber sido una enemiga de los secuestradores? ¿Dónde estaba él? ¿Dónde estaba yo?

No puedo mirar más por la ventana. La mujer vuelve para vendarme y decir que yo soy demasiado hábil para engañarla una vez, pero no lo suficiente como para dejarme libre.

V

Zeta

Todo es una soberana mierda.

La arriesgué. Sabiendo que podía suceder, lo hice.

Mientras la furgoneta empieza su marcha miro por el espejo retrovisor, intentando ver algo.

—¿Por qué no nos informó del paradero de la mujer?

Mi superior dentro de la organización del narcotráfico es un hombre frío. Acostumbrado a defender su imperio a costa de lo que sea. Y yo, en estos momentos, para él soy un traidor. Y a los traidores se les mata.

Debo pensar muy bien mi respuesta, porque de eso también depende mi vida. Y la de Vanesa.

—No es ella, señor.

Lanza una carcajada y luego me toma con brusquedad de uno de mis brazos.

—No juegues conmigo, hijo de puta.

—No lo hago, señor. Se lo puedo demostrar.

Me llevan hasta mi piso en Londres.

Debo ser cauteloso. Muy. El lugar se divide en dos. Como mi vida. Si los llevase a la zona derecha de la casa, en donde están las habitaciones con llave, sería mi fin. Así que los desvío a la izquierda. Allí se puede ver el comedor plagado de fotos y documentos que detallan operaciones anteriores y una en particular.

—Fíjese muy bien en las pupilas de esta mujer —le acerco una fotografía en especial.

Mi superior, Piero Mosconi, parece no encontrar nada significativo. Entonces lo guío.

—Aquí —señalo en la foto—. Y aquí... las pupilas tienen lunares o manchas. Mire las orejas... Las orejas son como las huellas dactilares. Las orejas de una persona nunca son iguales a las de otra. Las de la mujer que buscamos son diferentes a las de la mujer que se llevaron. —Evito nombrar a Vanesa para protegerla.

Me miran con desconfianza y el arma de uno de sus hombres me apunta directamente a la sien.

—Átenlo hasta que pueda comprobar que lo que dice es cierto —ordena Piero al tiempo que desaparece del lugar.

Dos horas después sigo atado a la silla. Estoy entrenado para zafar en este tipo de situaciones, pero si escapo a la vista de mis captores me dispararían a matar y necesito proteger a Vanesa. Así que espero.

De ella aún no sé absolutamente nada. No sé dónde la tienen ni cómo está... O si la liberaron.

Lo que les dije es cierto. No es a ella a quien buscan.

No sé qué relación de parentesco tendrá Celine con Vanesa, lo cierto es que son iguales a simple vista.

Llegué a Vanesa como parte de una misión de confianza. Que me dieran una misión era lo que con mi equipo habíamos estado esperando hacía mucho tiempo. Pero salió mal. Me involucré con Vanesa más allá de la misión y ahora para ellos podría ser un traidor. Lo fui siempre, pero con Vanesa me delaté antes de lo esperado.

Me bastó una noche con Vanesa para saber que ella no era la persona a la que buscaba el cártel. Y, en vez de alejarme, me acerqué. No solo quería cuidarla de Daniel, sino también de quienes pensaban que ella era la mujer

que había traicionado a la organización de narcotráfico de Piero. Vanesa podría estar muerta ahora. Y podría haberla salvado en cuanto la tomaron, pero no lo hice. Hubiese afectado aún más mi real misión si lo hubiese hecho.

Pero aquí estoy, atado de manos y pies al tiempo que me apunta una de calibre 22.

Pronto cambiarán de turno y tendré cinco minutos para desatar los nudos que ya estoy manipulando lentamente para que se me haga más fácil.

El momento llega y oigo voces afuera de mi piso. Es Piero, al parecer revisaron a Vanesa, pero Mónica, su esposa, ha concluido que todo es parte de una artimaña que fácilmente, si se tiene dinero, se puede montar. Habla de supuestas cirugías y de que tal vez yo esté cubriendo lo que ha hecho. Maldita Mónica.

Freno mi intención de escape y espero estoico a que Piero entre.

Lo hace y ahora es él el que me apunta.

—Tienes 30 segundos para que no te mate y me expliques qué mierda está pasando.

Los ojos de Piero están inyectados de furia y sé muy bien que se está conteniendo. Él me tenía confianza. Nuestra relación antes de hoy era bastante estrecha, esa era la idea desde que me asignaron este caso. Debía ganarme su confianza.

—Solo le puedo dar mi palabra, señor. Me acerqué a ella porque también creí que era Celine.

Piero se aproxima aún más y encañona mi frente.

—¿Por qué me lo ocultaste? —parece extrañamente sereno. Y esa falsa serenidad ratifica que se está controlando para no apretar el gatillo.

—No quise preocuparlo, señor. Me estaba ganando la confianza de la chica para saber si podía entregarme el paradero de Celine.

—¿Es su hermana? —afloja presión—. Porque si es hermana de esa bastarda también quiero que acabes con ella.

Trago saliva, sin embargo, controlo cada músculo de mi cara y no le

esquivo la mirada para responder.

—Cuenta con ello, señor.

Baja el arma y se acerca al umbral de la puerta para llamar a uno de los hombres que jamás lo dejan solo.

—Suéltelo y llévenlo con la chica. —Después de su orden, desaparece.

Cuando ya estoy liberado, le dirijo una mirada amenazante al gorila que me desató.

Una vez que estamos en la calle, él intenta tomarme un brazo para guiarme, pero le reclamo:

—Hey, hey, hey... Ya te dijo Piero que me sueltes. —Alzo las manos y camino hacia la camioneta negra estacionada.

—Pero que te lleve con la chica, insulso. —Me alcanza e intenta tomarme ambas muñecas.

—Eso, que me lleves, que manejes el auto, chofer. —Vuelvo a soltarme de su amarre—. No te hagas el astuto conmigo, mastodonte.

—¿Sacaste la voz, nenita? Vamos, camina —me empuja por la espalda y me mete al vehículo.

Cuando llegamos, me bajo del auto y miro todo el lugar. Ya he estado aquí antes. Es un laboratorio clandestino de anfetaminas. Estoy absorto mirando los sectores que tienen luz, pensando que tal vez en uno de ellos está Vanesa, pero el gorila me interrumpe e intenta una vez más inmovilizar mis muñecas. No me aguanto más y, aprovechando de que estamos solos, le doy el golpe que estaba conteniendo desde que lo vi. Me responde, lógicamente, y yo continúo atacando. Doy golpes certeros y, cuando logro dejarlo en el suelo, le saco una foto y se la mando a Piero con un mensaje:

«Para la próxima déjele claro a sus hombres que no se metan conmigo. Voy a entrar al lugar, no me he ido a ninguna parte»

No todavía, pienso.

Cuando paso el portero eléctrico doy la clave de seguridad de la organización.

—Botones Bananas Botellas.

Debo decir tres palabras que inicien con la primera letra de mi nombre.

Recorro un pasillo frío y sucio hasta encontrarme con el ascensor. Cuando se abren las puertas, veo aparecer a Mónica.

Mónica y yo nos hemos enredado más de un par de veces en el pasado, y de vez en cuando en el presente. No me juzguen, era parte de la operación. También debía tener acceso a la intimidad de Piero. Y su mujer fue la que más información aportó para ingresar a su círculo más cercano. Es más, fue ella quien nos presentó y le pidió que me diera trabajo.

Han pasado tres años desde eso y, bajo su mando, he hecho de todo. DE TODO.

Mónica es una mujer joven y seductora por naturaleza. Apenas me ve, sonrío, pero intenta ocultar esa sonrisa con una mirada gélida.

—¿Quién mierda es ella?

—¿Quién?

—Vanesa...

—¿Cómo sabes su nombre? —pregunto ceñudo.

—Ella solita me lo contó. Pero vamos, ¿quién puede tener ese nombre tan absurdo? Debe ser Celine. Lo que quiero averiguar es quién es ella para ti. ¿Quién es ella, Beto? —Beto no es mi nombre real. Pero ella no lo sabe.

—Es lo que quiero averiguar. —digo obviando su real interés—. Pero no es Celine. De eso estoy seguro.

Subo al ascensor y evito mirarla. Mantengo toda mi atención al frente. En la puerta.

—Llévame con ella, Mónica.

Exijo a la espera de que ella pulse el piso al que debemos ir. Lo hace,

pero a mitad de camino pulsa el stop.

Se abalanza sobre mí e intenta incursionar con sus manos por debajo de mi chaqueta y de mi camisa.

—Vamos, por los viejos tiempos... —susurra en mi oído, subiendo sus manos hacia mi cabello—. Me encanta cuando lo llevas suelto —dice robándome la coleta que lo amarra.

—Mónica... —digo tomándole las muñecas para que se aleje—. Ya basta.

—¿Qué pasa? ¿Es por ella?

—Pasa que tu marido casi me mata por culpa de esa chica. No quiero ni imaginar lo que haría si sabe en lo que andamos tú y yo. —respondo mirando las cámaras que están a una esquina del techo.

—Él no va a ver nada... —insiste volviendo a mi boca. Besando una y otra vez—. Yo manejo todo acá.

Me alejo de ella, pulso el stop para darle marcha al ascensor y no vuelvo a mirarla hasta que llegamos.

—¿Dónde está? —Miro a todos lados, hay una decena de habitaciones.

—Te gusta. ¿Qué pasaría si Piero supiera que defiendes a la traidora porque te calentaste con ella?

—Él ya sabe que me calenté con ella, Mónica —me giro para mirarla—. Pero mi calentura por ella es a beneficio de la organización —gesticulo con las manos y me acercó aún más a ella—. Y para encontrar a Celine. En cambio, la tuya... —me pongo las manos a ambos lados de las caderas y respiro pausadamente—. ¿Por qué fue la tuya? ¿Tan mal te atiende el magnate del narcotráfico? —No espero a una respuesta y me vuelvo para comenzar a abrir puertas al azar.

Mónica ha desaparecido y eso me hace sentir aliviado. Acelero mi búsqueda y, entonces, abro la puerta que me muestra a Vanesa.

Allí está ella, en el suelo abrazada a sí misma, indefensa, vulnerable. Respiro hondo, doy un par de pasos y, cuando llego a ella, Vanesa alza la cabeza. Tiene los ojos vendados, sin embargo, sé que me siente.

—¿Zeta?

No tengo idea de quién es Zeta, pero me agacho para quedar a su altura y quitarle la venda. Entonces me mira y yo otra vez vuelvo a ser quien realmente soy.

—Hola, nena. —susurro al tiempo que le acaricio el cabello.

VI

Vanesa

—Hola, nena.

Su voz grave y sus ojos me hacen sentir una vez más segura. No emito palabra, no logro hablar cuando él me mira así.

Su mano acaricia mi cabello y yo muero de ganas de tocarla, de acariciar aquel tatuaje.

Se percata de mi inspección y sonrío.

—Déjame quitarte eso. —Toma mis manos y quita las esposas que la mujer me puso después de vendarme.

Cuando ya estoy libre, cubro con mis manos las suyas y delinea su tatuaje.

—Zeta... —murmuro—. Sácame de aquí.

Basta decir eso para que tome mi mano y me lleve por una serie de pasillos.

El olor rancio impregna todo y yo miro constantemente hacia atrás.

—¿Nos siguen?

—Sigue caminando sin mirar atrás. —Apura el paso y se introduce a un ascensor.

Media hora después estoy en la ducha de un departamento plagado de fotos de una mujer igual a mí. Y que no soy yo.

Cierro la llave y suspiro. Salgo y me ubico frente al pequeño espejo que

hay en el baño. Veo mis ojos e intento descifrar por qué alguien se parece a mí. Sin una respuesta vuelvo a la sala envuelta en un toallón.

Ahí está él, inspeccionando las fotografías de esa mujer.

—No soy ella —digo muy bajito.

—Lo sé. —responde sin mirarme—. Pero... Es muy raro el parecido, ¿no crees? ¿Estás segura de que no tienes una hermana melliza? —Bufo y me dejo caer en un sillón. Es la pregunta que me viene haciendo desde que salimos del edificio.

—Créeme, si tuviera una hermana, lo sabría. Lo que yo quisiera saber es quién eres tú y por qué me mantuvieron retenida. Cómo gracias a ti ahora estoy aquí, libre.

Un silencio prolongado me hace sentir incómoda. Cuando creo que no me dirá nada, me levanto y me dirijo a alguna habitación para vestirme.

—En esa no. —Me indica cuando voy a abrir una puerta. Pruebo otra—. En esa tampoco.

Alzo una ceja y me quedo inmóvil en medio del pasillo, mirándolo.

—¿Quién eres y qué ocultas?

Hay tanta necesidad en mis palabras que por fin capto su atención.

—No quieres saberlo.

Me desespera su actitud misteriosa. Al principio me pareció un rasgo atractivo, pero ahora me desespera.

Vuelvo al baño para vestirme allí.

—¿Sabes? —digo al tiempo que me pongo una sudadera de él sin sujetador. De mi vestido queda poca tela que rescatar—. Yo no estoy para estos juegos. Me voy.

Me pongo la tanga y el jean que él me pasó mientras vuelvo a donde Zeta está, mirándome.

—No puedes irte —dice en un tono demasiado calmado.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién lo dice?

—Yo.

Rio y lo recorro con la mirada.

—Y tú eres...

Silencio.

Me acomodo como puedo la pretina y la basta del pantalón y después me calzo con mis sandalias de tacón. Camino hacia la puerta y... Él se levanta, me sostiene de uno de mis brazos y me obliga a girar.

—Te lo digo yo. Estás en peligro, Vanesa. Primero debemos encontrar a esa mujer que hoy por hoy es tu fotocopia.

Me mira de arriba a abajo, pero sus ojos se detienen allí. Justo donde mis pezones se marcan, erizados.

Me suelto rápidamente y doy un paso atrás.

—¿Pretendes mantenerme aquí encerrada? Mis amigas me deben estar buscando. Hace horas que no saben de mí y mi celular lo perdí mientras tus amigos me tenían secuestrada.

—Sí, te quedarás encerrada. Y si quieres comunicarte con ellas... Toma. Aquí tienes.

Me extiende su mano con un celular. Es simple, aparentemente desechable.

—No me voy a quedar con alguien que no conozco. Dime tu nombre por lo menos.

—Llámame como quieras.

—Para mí eres Zeta... Por tu tatuaje. —Apunto con el mentón su mano. Se la mira y sonrío. Tiene linda sonrisa.

—Pero quiero entender todo esto... —susurro mirando a todas partes. Las fotos, sus habitaciones con acceso restringido, él...

Suspira y se acerca a mí. Con sus grandes manos inmoviliza mi rostro y se acerca a mis labios.

—Quédate y deja que te cuide. Estás en peligro.

—¿Por qué?

Respira agitado y vuelve a hablar.

—Te persiguen narcotraficantes. Mafiosos. Y de seguro la policía. Tu "otro yo" estafó a mucha gente y si te perdonaron la vida es porque abogué por ti. Soy de su confianza y, aunque costó, logré convencerlos. Déjame terminar este trabajo y te prometo que desapareceré de tu vida.

Trago saliva. No estoy segura de querer que desaparezca de mi vida. Suspiro.

—Está bien. —Me rindo. Y, cuando lo hago, sus hombros se relajan.

—Bien. Ahora... Llama a tus amigas.

Y lo hago. Les aseguro de que estoy bien. Y que no estoy sola.

Vuelvo a la sala y Zeta conversa muy serio desde otro teléfono. También desechable.

—Dile que todo está en orden. La chica sigue conmigo y se quedará aquí hasta que encontremos a Celine.

Corta y yo sigo apoyada a una pared un tanto alejada con el fin de no interrumpir su conversación. Una pregunta me asalta desde hace unos minutos:

—¿Eres narcotraficante? —Y un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

—Soy muchas cosas, Vanesa. Y ve a dormir. Tengo mucho trabajo.

—¿Quieres que te ayude?

—No. Quiero que confíes en mí y descansas.

—No. Yo quiero encontrar a quien me está suplantando.

El sonido del teléfono nos saca de nuestro tire y afloje.

—Sí... Dile que Beto quiere hablar con él... Gracias... —Camina por la casa y espera. Y espera... Y espera—. Hola, soy Beto. Necesito a diez mulas, Nelson... Diez en la fábrica para viajar en dos semanas.

Le escucho hablar en francés y finalmente corta.

—¿Beto? —Su cara no tiene ninguna expresión que niegue o confirme lo dicho.

—Deberías ir a dormir, Vanesa.

Camina hacia una habitación y abre la puerta. La mantiene abierta al tiempo que me mira.

—No. Hasta que me expliques qué está pasando. Qué es eso de las mulas.

Se frota la cara con ambas manos y vuelve hasta donde estoy.

—Sí, soy narcotraficante. Trabajo para quienes te tuvieron retenida.

Aquellas palabras me hacen temblar.

—Ese día en el bar...

Se le tensa la mandíbula y sus ojos me mantienen la mirada.

—Sí, no estaba allí por casualidad.

—Y me llevaste contigo pensando que era ella... —espeto mientras tomo una de las fotografías que están desperdigadas por la mesa del comedor.

—Sí —asume mientras baja la cabeza. Después vuelve a erguirse para aclarar—: Pero cuando en el auto camino al departamento te miré a los ojos y los analicé, supe que no eras tú a quien buscaba.

—¿Por qué seguiste adelante? ¿Qué querías de mí?

Avanza dos pasos y me toma por la cintura. Chocamos con una pared y allí recorre mi vientre bajo la sudadera hasta llegar a uno de mis pechos. Aprieta. Besa mis labios. Muerde mi cuello. Alza mis piernas y sostiene mi cintura con ambas manos.

—A ti. Te quería a ti.

Vuelve a besar. Violento. Demandante.

No sé si lo hace para evitar mis preguntas o porque de verdad se siente atraído por mí. Sin embargo, no le doy espacio a mi mente para seguir cuestionándose. Me entrego y vuelvo a sentirme atractiva, sensual y poderosa entre sus brazos.

Es tan hombre. Tiene una barba que lo hace ver mayor de lo que probablemente es y su pelo largo amarrado le da un aire bohemio.

Gimo y pido más, pero mi pedido se ve interrumpido por una bala que hace estallar la ventana que da hacia la calle.

Me tira al suelo y caemos abrazados, agitados y alertas. Yo tengo miedo mientras que los estruendos se repiten por cada ventana del departamento.

—¿Llegaron tus amigos? —pregunto muy cerca de su boca. Está sobre mí. Me besa al tiempo que saca de la pretina trasera de su pantalón una pistola de la cual no me había dado cuenta.

—Escóndete. —ordena con la intención de levantarse.

—No. —Lo retengo aferrándome a su camiseta blanca.

—Vanesa... —usa un tono de voz firme y no me aparta la mirada—. Esto no es una película y tú no eres una súper chica. Deja que arregle esto y no hagas nada estúpido.

Se va. Me deja otra vez y solo se escuchan disparos. La puerta principal se abre y yo me escondo dentro de un armario. Un pequeño espacio me deja ver lo que sucede fuera de él y... Después de unos disparos, veo caer un torso de camiseta blanca teñido de sangre.

Cierro los ojos y tiemblo de miedo. Me acucillo y me tapo el rostro con ambas manos. Llora. Siento pasos e intento no gemir... Cubro mi boca y, entonces, la puerta del armario se abre.

VII

Zeta

Cuando me alejo de Vanesa y veo a los hombres que nos buscaban, sé de inmediato que debo disparar a matar. Es evidente que no me han creído y solo nos dejaron libres para preparar una emboscada y terminar con nosotros.

Disparo de forma certera a cuatro o cinco hombres. Pero el último se me resiste. Más de diez tiros son los que provocan que se desplome totalmente ensangrentado.

Después del último, hay silencio. Un silencio que me deja escuchar el llanto de ella. Camino hasta el armario para abrirlo. En cuanto Vanesa me ve, se lanza a mis brazos y se desahoga llorando. Después me golpea.

—¡Quiero que me saques de aquí! ¡Eso fue horrible! ¡Creí que habías muerto!

No logro concentrarme demasiado en su reclamo, porque estoy más pendiente de escapar con ella. Miro por la ventana y hay dos motocicletas esperando por nosotros. Para acribillarnos. Ya han escuchado los disparos. Sé cómo funcionan estos operativos, si los muertos hubiésemos sido nosotros, sus compañeros ya hubiesen salido del edificio.

La dificultad está en cómo vamos a salir nosotros. Y debe ser rápido y a la vez minucioso. Busco una maleta ante la perturbada imagen de Vanesa, quien no deja de mirar los cadáveres.

—Hey, no les prestes atención.

—¿Están todos muertos?

—Ajá.

Arrastro la maleta y quito la llave de cada habitación que permanece cerrada y arranco todo. Fotografías de cada narcotraficante y personas cercanas a la organización dirigida por Piero Mosconi, informes logísticos, operativos, lugares esenciales de producción, almacenamiento y distribución. Es una empresa tan grande y tan bien articulada que me ha llevado años recopilar todo lo que la Agencia Secreta de Seguridad Nacional de Gran Bretaña me ha encomendado.

Vanesa permanece apoyada en una pared cercana y evalúa todos mis movimientos.

—Ayúdame —pido cortante al tiempo que arrastro la maleta y le entrego una mochila.

Caminamos por los pasillos hasta el ascensor. Cuando estamos dentro, pulso el botón de la planta alta y volvemos a salir dejando que el ascensor se vaya sin nosotros. Con pasos torpes Vanesa sube la escalera que le indico y sin saber qué está haciendo, le pido que me ayude a recibir la maleta.

Caminamos hasta el centro de la terraza, saco un spray de la mochila y rocío la maleta. Vanesa abre los ojos de par en par para preguntar:

—¿Qué estás haciendo?

No respondo porque dejo caer un fósforo recién encendido sobre la maleta y con mis brazos alejo a Vanesa.

Las llamas lo consumen todo y ella se queda inmóvil con la mirada fija en lo que se incendia.

—Vámonos de aquí —digo tirando de su mano y bajando por la escalera de emergencia.

El edificio tiene estacionamientos, así que busco un auto que nos permita salir sin levantar sospechas. Tengo mis técnicas, así que lo abro como si fuera un experto y lo hecho a andar de la misma manera.

Salimos cautelosamente y Vanesa no para de hacer preguntas.

—Confía en mí —susurro una vez más mientras pasamos por al lado de las motocicletas sin llamar su atención. Acelero lentamente y media calle después alcanzo los 180 k/h

Llegamos a una calle desierta. En donde lo único llamativo es una cabina telefónica roja típica de Londres.

—Quédate aquí. —ordeno al bajar.

Cuando escucho la voz al otro lado, respiro aliviado y digo:

—Estoy bien. Pero la misión ha sido abortada. He sido descubierto, pero por motivos equivocados. Todos los documentos del caso han sido eliminados y quedo a la espera de su...

No puedo terminar la frase. Un disparo al otro lado de la línea me corta la respiración. Alguien toma el teléfono y me dice:

—Tienes veinticuatro horas para entregarme a la chica o los dos terminarán como tu jefe.

Corto y palidezco. La adrenalina y el pánico no son por mí, son por ella. Es por el peligro al cual ahora se enfrenta. Cuando vuelvo al auto ella se da cuenta de que algo ocurre y, como puedo, callo sus preguntas con un beso y acelero a fondo.

Me la llevo, aún no sé muy bien adónde... pero me la quedo y no la pienso entregar.

VIII

Vanesa

El *taca tac* de un tren cercano me hace abrir los ojos. Es de noche y estoy acostada sobre una colchoneta delgada extendida en un gran bloque de cemento. Miro a mi alrededor y una fogata llama mi atención. Zeta... Beto o como se llame está concentrado en las llamas. Se ha vuelto distante durante las últimas horas y parece perturbado.

—¿Qué ocurre? —pregunto sentándome en la improvisada cama.

—¿Despertaste? Allí tienes ropa y unas zapatillas. Tienes que estar cómoda. Vamos a correr durante un tiempo.

Me levanto descalza y camino por la tierra hasta llegar a él.

—Cuéntame qué ocurre. —Masajeo su espalda y en un impulso le beso los labios.

—Me descubrieron.

No digo nada, pero lo miro fijamente para alentarle a seguir hablando.

—Soy hombre muerto, Vanesa. Y el hombre que sería mi ayuda más segura también lo es. Le dispararon mientras hablaba con él.

Cada vez que lo escucho hablar me parece estar dentro de una película de ficción.

—¿Qué quieren?

—A ti. —Hace una pausa desgarradora en la que acaricia mi cabello—. No es fácil contarte todo. No puedo todavía.

—¿No confías en mí?

—Fui entrenado para no confiar en nadie.

Desvía la mirada y me acerca un cuenco desechable con comida.

—Come algo. Recupera fuerzas.

Le hago caso, no insisto y simplemente hago lo que me ordena.

Se aleja de mí para realizar llamadas. Discute, grita y corta alterado. Después, me mira.

—¿Tienes frío?

Y la verdad es que está fresco, por más que la fogata caliente un poco el ambiente.

—Puedo soportarlo —respondo. Él se quita su chaqueta de cuero y me la pasa por sobre los hombros.

—Te prometo que será solo esta noche. —Se detiene frente a mí y con una mano me sostiene el mentón para darme un rápido beso—. Confía en mí.

—Tú también confía en mí. —replico rodeando su muñeca con mi mano—. Podrías empezar diciéndome tu nombre.

Lo veo dudar, alejarse unos pasos y mirarme detenidamente. Los gestos de su rostro demuestran que quiere hacerlo, pero hay algo que lo detiene.

—Dímelo... —susurro, dando un paso hacia él y rozándole el torso.

Traga saliva, se acerca a mí y con ambas manos inmoviliza mi cara.

—Debes prometer que no dirás nada. Que resguardarás mi secreto, Vanesa.

—¿Qué tiene tu nombre que no puedes decirlo? —Con mis ojos repaso su expresión. Aquella que grita que necesita compartir una carga enorme que ya no puede soportar—. Vamos, dilo —lo aliento y arrastro conmigo hasta el bloque de cemento para sentarnos.

Saca un cigarrillo de la chaqueta y después de un par de caladas expulsa el humo y... su nombre:

—Antonio "buzeta" Martínez.

En primer momento no me doy cuenta. Y me digo: ¿para eso tanto

misterio? Antonio me mira, casi esperando a que le diga algo, o que salga corriendo.

—Vanesa, yo morí hace casi cinco años.

Río. Largo una carcajada que poco a poco comienza a apagarse cuando las imágenes del noticiero vienen a mi mente y relaciono su nombre. Me levanto de golpe y lo encaro.

—¿Cómo...?

Lo miro de pies a cabeza. No se parece a aquel joven a quien todo el mundo buscaba. A quien se le atribuían tantos cargos que ahora mi cabeza no logra recordar bien. Sí recuerdo los operativos. Y también cómo una imagen registró el momento en el que una bala le atravesó el cuerpo, dejándolo inmóvil en el cemento. "EL DELINCUENTE MÁS BUSCADO DE CHILE FUE REDUCIDO POR PERSONAL POLICIAL EN REDADA". Ese titular se me viene constantemente a la cabeza

—¿Cómo? —vuelvo a preguntar, pero esta vez más fuerte.

Cuatro horas después de que me explicara todo cómo había sido, no puedo dormir. Y él tampoco. Me mira constantemente para asegurarse de que no me he escapado, pero la verdad es que todo me parece de película.

Una pequeña parte de mí siente que debo seguir a su lado para protegerlo. Y para protegerme, porque en realidad solo con él me siento a salvo.

Me giro sobre el colchón y lo observo. Observo su barba y su melena suelta que de vez en cuando se amarra en una coleta. Inspecciono su rostro y me cautivo con sus gruesos labios. Dios, quiero besarlo y que todo mi mundo se detenga. Que todo lo que estamos viviendo termine con su beso. Como en las películas de amor.

Me siento a horcajadas de él y me aferro con ambos brazos a su cuello.

—¿En qué piensas?

—En cómo mantenernos vivos.

—Tengo una idea —digo de pronto.

—Te escucho —susurra aferrándose a mis caderas.

—Cuéntame qué sabes sobre mi otro yo.

—Uff... Estafadora profesional, tiene negocios por todo el mundo. Trata de blancas, narcotráfico, armas... El problema es que no hemos dado con ella. Es como un fantasma... Puff... —gesticula con su mano, simulando una explosión—. Se hace humo.

—¿Pero conoces qué sitios frecuenta?

—Sí, pero nunca damos con ella. Desaparece. La ves entrar y nunca salir.

Me detengo a pensar. Puede resultar o tal vez no...

—¿Tiene muchos aliados tal vez?

—Muchísimos. La protegen. Es la reina dentro del ambiente.

—Entonces, digamos que la conoces bien, ¿no?

Mueve su cabeza de un lado a otro, dudoso.

—Puede ser. Sí, la conozco bien, sin haberla visto una puta vez en persona. La hemos registrado en cámaras de vigilancia. Yo mismo me encargué de esas operaciones.

—Tú serías la cabeza y yo soy el cuerpo. —Me señalo.

—No... No estás hablando en serio. —Aleja su torso, toma mis caderas y me sienta a su lado.

—Sí. Si tanto la protegen, me protegerán.

—No estás entrenada.

—Entréname.

Se lo piensa, después niega.

—Es muy peligroso, Vanesa. Infiltrarse requiere de mucho tiempo de preparación.

—Ya estamos en peligro, Antonio.

—Nunca más repitas mi nombre. —Ordena en tono serio.

—Lo siento... ¿Cómo quieres que te diga?

—Zeta está bien. —Sonríe—. ¿Me llamaste así por el tatuaje?

—Ajá... ¿Qué significa? —Le tomo la mano y recorro la tinta en su piel.

—Es una tontería...

—Dímelo —pido juguetona.

—Es la vigésimo sexta letra... Me lo hice a los veintiséis. Nada especial. Solo quería tapar una cicatriz.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

Suspira, cansado.

—No sé qué me molesta más, seguir con esta seguidilla de preguntas o volver al tema de entrenarte para ser una infiltrada.

Sonrío.

—Me caí de un árbol y una rama me abrió la piel. Fue profunda la herida y quedó una fea cicatriz. Fin. Ahora a dormir... Mañana pretendo que vayamos a un hotel. Un mal amigo me está consiguiendo algo.

—¿Un mal amigo?

Se queda callado. Le molestan las preguntas.

—Vanesa... —susurra y acaricia un mechón de mi cabello—. Mi vida está llena de interrogantes, no puedo responderte todo... hay cosas que deberás descubrir con el paso del tiempo. Ven acá y durmamos.

Me abraza y su respiración que poco a poco se va calmando me adormece, pero no tanto como para dejar de hacer una última pregunta.

—¿Crees que es una buena idea que nos infiltremos?

—Creo que es una buena idea que duermas y que mañana, más calmados, lo discutamos. ¿Ahora puedo dormir?

—Ajá...

Pero no se duerme. Sé que le está dando vueltas a la idea que le tiré. Es perfecta. Y a mí me atrae mucho, muchísimo, la idea de integrarme a su mundo. Me da un poco de miedo, pero también me hace sentir una adrenalina que jamás había vivido. Quiero este mundo, quiero ser parte de él.

IX

Zeta

Saco un cigarrillo de la chaqueta y después de un par de caladas expulso el humo y... mi verdadero nombre:

—Antonio "buzeta" Martínez.

Sus ojos vagan de un lado a otro, procesando lo que le he dicho. La miro detenidamente, expectante a lo que diga. Como no hablo, doy un dato más por si no me ha reconocido.

—Vanesa, yo morí hace casi cinco años.

Rie. Pero su risa se apaga lentamente hasta que se levanta y con dificultad me pregunta:

—¿Cómo...?

Me recorre de pies a cabeza. Veo la duda, veo un tinte de miedo en sus ojos. Pero no huye. Sigue aquí, conmigo.

—¿Cómo? —pregunta de nuevo, pero con un tono elevado.

Inhalo profundamente y le cuento todo...

Cinco años atrás...

El golpeteo de las gotas de lluvia en la ventana me despierta. Es el día. Hoy voy a morir.

He hecho un trato. Un trato que involucra olvidarme de todo. De mi familia, de mis amigos, de la gente que me ha “ayudado” a ser el hombre que

soy. Un hombre con más errores que aciertos. He sido un asesino a sueldo, un narcotraficante, un hombre que con poco y nada se hizo un lugar dentro de pandillas locales. Soy un hombre buscado por toda la policía y hoy voy a morir.

Debo morir para utilizar lo que he aprendido en este mundo en otros escenarios mucho más peligrosos y que para la Agencia Secreta de Seguridad Nacional son de real interés.

Me levanto mirando mi cuarto. Ese que acumuló recuerdos desde que era un niño. Detrás de la puerta cerrada de mi habitación se escuchan los boleros que mi madre siempre escucha. Trago saliva y ruego en silencio su perdón.

Camino con pasos temblorosos hasta la cocina.

—¡Qué bueno que te despertaste! —sacude la mesa y da unos golpes para que me siente—. Te voy a servir el almuerzo.

—Mamá... —susurro ya sentado y con la vista baja.

—Shh... No digas nada. Ya hablé con Toño y Marcos. Van a cuidarte, hijo. —Le tiembla la voz. Y a mí el alma. Sabe cada uno de mis errores y aun así me mira con dulzura.

Toño y Marcos son los que me instruyeron en este mundo que, más que beneficiarme, hoy me condena.

—Mamá... —Quiero contarle que hoy es el día. Pero no puedo, no soy capaz. Sabe que en mi última detención llegué a un acuerdo, pero no sabe de qué tipo.

Ella se da media vuelta y se toma unos minutos antes de abrir la olla y servirme un plato de comida.

—Quiero que te comas todo. Nada de dejar el plato a medias. Estás demasiado delgado, hijo.

—La droga lo tiene así, madre —acota Juani, mi hermana menor que hojea una revista sentada en el sillón.

—¡Cállate, bruja! —regaña.

—¿Estoy mintiendo? —pregunta desafiante.

—¡Ya basta! —grita mi madre, visiblemente nerviosa. Después me mira—. Deja de meterte esas cosas en el cuerpo, Tony.

—No consumo, mamá.

Y la carcajada de Juani me enfurece.

—Entonces empieza a explicar qué hacen todos esos gramitos debajo de tu cama.

—¡Tony! —regaña con dolor mi madre—. ¿Sigues con eso?

Se supone que había dejado de traficar.

—Es un favor. Hoy será la última vez, mamá. Te lo prometo.

Vuelvo a la realidad un poco culpable por la promesa que no cumplí.

—Hasta ese entonces yo no tenía idea en qué me iba a meter después. Ya no iban a ser gramitos, sino kilos —susurro con la vista fija en la mano de Vanesa que me acaricia el tatuaje en forma de Zeta.

—Continúa... —me dice con su dulce voz. Y le hago caso.

Continúo comiendo apurado, moviendo con insistencia una de mis piernas en claro indicio de que estoy nervioso.

—¿Qué te ocurre, Tony?

—Debo irme... —digo con voz apagada. Me levanto y cuando me voy a despedir, ella me detiene.

—Eh, eh, eh... El platito al lavaplatos.

Sonrío. Voy a extrañarla. Mucho. Muchísimo. Hago lo que me pide y después vuelvo para abrazarla.

—Ay, mijito. Por favor, no se meta en más problemas.

Le beso la coronilla y le beso las dos mejillas.

—Chao, mamita. No olvides que te amo.

Le sonrío con más pena que nunca. La vuelvo a abrazar y después camino hacia la puerta. Antes de cerrarla, la miro y le tiro un beso.

El frío me cala los huesos. Las calles atestadas de grupos de jóvenes drogados y armados muestran lo peor de la zona.

A lo lejos puedo notar movimiento inusual. Un hombre con un gorro con visera mueve lentamente su cabeza para mirarme y luego mirar la camioneta estacionada a unos cuantos metros. Ya están aquí.

Hace un par de días me explicaron cómo iba a ser todo. Hablaron de balas especiales, de paramédicos que en realidad son policías, de una ambulancia que jamás llegará al hospital, sino a la morgue. Y que, en esa misma morgue, darían la conferencia indicando que los impactos habían sido certeros.

El gran Antonio “Buzeta” Martínez era hombre muerto.

—Todo pasó muy rápido. Solo se escucharon múltiples disparos al aire. La gente de la calle se escondió en casas que hacían de refugio cada vez que había allanamientos en la zona y después de que yo cayera al piso, me subieron en camilla a la ambulancia.

Vanesa me miraba expectante. Omití muchas cosas. Más que todo por vergüenza. No podía decirle que uno de los motivos por los cuales me buscaban era porque era un asesino a sueldo. No podía contarle que esa misma “cualidad” había hecho que me reclutaran.

La Agencia fue muy cuidadosa con la información que filtró a la prensa. Jamás se dijo qué tanto daño hice. Para todos era un traficante de armas, un estafador que, por miedo, me había puesto agresivo con la policía. Y, entonces, me redujeron.

—¿Y qué pasó después? ¿Volviste a ver a tu madre? ¿Ella... supo del trato al final?

—Sabía del trato, pero no de qué se trataba. Para ella morí en esa

balacera. —Me pierdo mirando las llamas de la fogata improvisada que he armado—. He sido un mal hijo. Sufrió mucho conmigo y no quería que siguiera sufriendo.

—¿Cómo pudiste dejar que ella pasara por eso? —me reclama.

—De todas formas, estaría muerto.

—Te ibas a ir preso, podría haberte visitado.

—Me metí en muchos líos, Vanesa. Debía mucho dinero y esa gente se cobra con la vida. La Agencia me dio la posibilidad de tener otro aspecto, otra identidad e ingresar a otros círculos que jamás se toparán con mi pasado. —Suspiro y finalmente sentencio—: Y eso es todo por ahora. No quiero seguir con el tema. Creo que ya es hora de dormir.

Cuatro horas después estamos acostados sobre el delgado colchón en completo silencio. La miro constantemente. Aun no entiendo por qué no se ha ido, por qué no ha escapado.

Se gira de tal manera que sus ojos no se despegan de mí. Me recorre con la mirada mientras ato y desato la melena que llevo. Después paso la mano por mi barba y la observo. Me detengo en sus labios y en esa nariz respingada.

Hay atracción. Se sienta a horcajadas de mí y se aferra con ambos brazos a mi cuello. Se ve tan frágil que me siento en la obligación de protegerla. De buscar la manera de no exponerla. Tengo contactos dentro de la organización, podría reunirme con uno de los hombres que me acompañaban para que me ponga al tanto de lo que está sucediendo y si es que tengo posibilidades de acceder a los recursos que antes tenía: autos, propiedades, cuentas bancarias.

—¿En qué piensas? —me pregunta acariciando un mechón de mi cabello.

—En cómo mantenernos vivos.

—Tengo una idea —dice de pronto con el rostro iluminado.

—Te escucho —susurro recorriendo sus caderas.

—Cuéntame qué sabes sobre mi otro yo.

Resoplo. No sé ni por dónde empezar. Las averiguaciones que hice me llevaron a varias teorías, pero ninguna he podido comprobar. No sé si tiene algún parentesco con Vanesa, si trazó un plan para que Vanesa llegara a ella con mi “ayuda” al investigarla... O, si en realidad, soy yo su objetivo.

Sin embargo, mi respuesta es mucho más superficial para Vanesa. No es que desconfíe de ella, pero... siempre hay que dejar la puerta abierta hacia la posibilidad de que todo sea un montaje.

—Uff... Estafadora profesional, tiene negocios por todo el mundo. Trata de blancas, narcotráfico, armas... El problema es que no hemos dado con ella. Es como un fantasma... Puff... —gesticulo con mi mano, simulando una explosión—. Se hace humo.

—¿Pero conoces qué sitios frecuenta?

—Sí, pero nunca damos con ella. Desaparece. La ves entrar y nunca salir.

Mientras ella trama algo en su cabeza, yo me cuestiono esto, el que estemos aquí. Como pseudo agente entrenado debería apartarme de ella. Porque Vanesa es una pieza importante del puzle. Y, tal vez, descubrirla me salvaría la vida. Pero la miro y... Dios, la miro a los ojos y me siento tan yo otra vez. La miro y siento. Y al sentir dejo de ser el ser despreciable al cual todo el mundo esquivó. Incluso dejo de sentir vergüenza por todo lo que hice en el pasado.

—¿Tiene muchos aliados tal vez? —pregunta con más entusiasmo.

—Muchísimos. La protegen. Es la reina dentro del ambiente.

—Entonces, digamos que la conoces bien, ¿no?

Muevo mi cabeza con duda.

—Puede ser. Sí, la conozco bien, sin haberla visto una puta vez en persona. La hemos registrado en cámaras de vigilancia. Yo mismo me encargué de esas operaciones.

—Tú serías la cabeza y yo soy el cuerpo. —Me dice señalándose.

—No... No estás hablando en serio. —Me alejo de ella, tomo sus caderas y la siento a mi lado para que su proximidad no siga nublando mi

razón.

—Sí. Si tanto la protegen, me protegerán.

—No estás entrenada.

—Entréname.

Caigo. Solo unos segundos me pienso la posibilidad, pero...

—Es muy peligroso, Vanesa. Infiltrarse requiere de mucho tiempo de preparación.

—Ya estamos en peligro, Antonio.

—Nunca más repitas mi nombre. —Ordeno con voz firme.

—Lo siento... ¿Cómo quieres que te diga?

—Zeta está bien. —Sonrío—. ¿Me llamaste así por el tatuaje?

—Ajá... ¿Qué significa? —Me toma la mano y recorre la tinta en mi piel.

—Es una tontería... —me encojo de hombros y aparto la mano.

—Dímelo —pide con dulzura mientras atrapa mi mano y vuelve a acariciarla.

—Es la vigésimo sexta letra... Me lo hice a los veintiséis. Nada especial. Solo quería tapar una cicatriz.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

Suspiro, cansado.

—No sé qué me molesta más, seguir con esta seguidilla de preguntas o volver al tema de entrenarte para ser una infiltrada.

Sonríe.

—Me caí de un árbol y una rama me abrió la piel. Fue profunda la herida y quedó una fea cicatriz. Fin. Ahora a dormir... Mañana pretendo que vayamos a un hotel. Un mal amigo me está consiguiendo algo.

—¿Un mal amigo?

No digo nada, pero ella sabe que sus preguntas comienzan a irritar.

—Vanesa... —susurro y acaricio un mechón de su cabello con suavidad para que no se lo tome a mal—. Mi vida está llena de interrogantes, no puedo responderte todo... hay cosas que deberás descubrir con el paso del tiempo. Ven acá y durmamos.

Le abrazo y cuando creo que por fin se ha dormido, vuelve al ataque.

—¿Crees es una buena idea que nos infiltremos?

—Creo que es una buena idea que duermas y que mañana, más calmados, lo discutamos. ¿Ahora puedo dormir?

—Ajá...

Pero no puedo dormir. La idea de Vanesa no es tan mala. En realidad, es buenísima. Pero requiere tiempo y es lo que menos tenemos. Lo primero que tengo que enseñarle es a disparar. Después a hablar y moverse como lo haría Celine. A negociar, a reconocer a personas influyentes, a reconocer cuándo es tiempo de dar un paso al costado. Es mucho, muchísimo tiempo que debemos invertir en crear a Celine. No lo niego, la idea me tienta tanto como me atemoriza.

“*Ya estamos en peligro*”, había dicho ella. Y es cierto. ¿Qué más podemos perder?

X

Vanesa

Ya estamos instalados en una habitación de hotel. Es más lujosa de lo que imaginé. Tiene una cama gigante y todo está decorado en tonos dorados.

Antes de venir hasta aquí hemos parado en una tienda. Compré una mochila y ropa deportiva. Por ahora. Zeta dijo que el look de Celine es más sofisticado y debo lucir igual.

Dejo caer la mochila al piso y me lanzo de espalda al colchón de la cama con los brazos extendidos.

—Dios, ¡cómo extrañaba esta comodidad! —digo mirando al techo.

Zeta cierra inmediatamente con llave la puerta y me mira, apoyado en ella.

—Veo que ya te instalaste.

—Ajá —digo apoyándome en los codos y mirándolo de la misma forma que él lo hace.

—Mientras comprabas, le pedí a alguien que nos trajera esto —dice con unos Cd's en la mano. Después camina hasta el reproductor de videos que hay en la mesa de la televisión y pone uno de los discos—. No saldrás de aquí hasta que aprendas incluso a respirar como ella. —Le pone play y lo primero que veo son imágenes de vigilancia. Me incorporo aún mejor y observo. Estoy maravillada, es igual a mí... o yo igual a ella.

—Es increíble el parecido —digo sin despegar la atención de la pantalla—. ¿Cómo conseguiste las grabaciones?

—Tengo algunos contactos todavía dentro de la organización. Ellos me

mantendrán al tanto de todo. —Se pasa la mano por la cabeza y después por esa barba que crece de prisa—. Ya se ha corrido la voz de que yo tengo a la mayor estafadora de los últimos tiempos. Estoy esperando la confirmación de otros colegas para verificar si ha entrado esa información al círculo al cual nos infiltraremos.

—Cuando dices colegas... ¿hablas de agentes?

Resopla sin apartarme la mirada.

—No. Hablo de colegas tan delincuentes como yo. Colegas de mandos bajos que hacen el trabajo sucio. —Hace un gesto con la boca—. Los demás solo se benefician de ellos, pero el verdadero trabajo sucio lo hacen personas como él y como yo. Ya te lo he dicho, Vanesa. No soy ningún santo.

Dejo de mirarlo para mirar la televisión. En realidad, no estoy enfocando ninguna imagen, estoy pensando. Pensando en cómo me metí en esto. Cómo una noche de bar me llevó a sus brazos...

—Vanesa... —Se sienta a mi lado y con ambas manos rodea mi rostro, gesto que me lleva a mirarlo—. No puedo obligarte a que te quedes, pero si te vas... no puedo asegurarte de que estarás a salvo.

—No me voy a ir a ninguna parte, Zeta. —Uso un tono de voz firme y convincente. Él no deja de mirarme, ni de acercarse. Yo no me aparto y mis labios le dan la bienvenida.

Comienzo por besarle apasionadamente, despojándome de miedos y dudas. Quitándole la ropa, dejando que también él me desnude. Llevamos días sin ducharnos y esa pretensión me hace detenerlo.

—Voy a ducharme primero... —Continúo besándolo, pese a que me he levantado de la cama. Me toma las caderas con sus manos abiertas, llenándolas de mí. Y me acerca para ahora besar mi vientre y recorrer con su lengua el camino hacia mis senos. Me alejo—. Ya vuelvo —prometo.

Camino varios pasos y su mano retiene mi brazo. Me envuelve por completo la espalda, me gira y vuelve a besar toda la piel que encuentra a su paso. Y yo me derrito. Y él no se detiene.

—Por favor... —susurro con menos fuerza cada vez. Me toma por las

caderas y de un salto me hace envolverle las caderas. Me aferro a él y le rodeo el cuello. Beso. Me besa. Y sus pasos nos llevan a la ducha.

No puede detenerse y yo tampoco. El agua va empapándolo todo mientras damos tumbos por las paredes de la ducha. Es un espacio más o menos reducido, pero que nos parece perfecto. Entre besos y caricias intentamos bañarnos el uno al otro. El resultado seguramente es nefasto, pero bajo el agua todo parece mejor. Y todo aquello que estamos viviendo carece de importancia en estos momentos. Se separa de mí y yo me quedo inmóvil, agitada, mirándolo de pies a cabeza. Él sigue allí, a escasos tres centímetros de distancia. Quiero gritarle que se acerque, que sin él cerca me siento un poco más vacía. Pero no me sale la voz, así que voy directa a su boca y le reclamo con un beso.

—No sé qué tienes... Eres como una droga... —murmura mientras me acorrala en una de las paredes.

Besa lento y también violento. Me levanta una pierna y luego la otra. Puedo sentirlo. Está allí, justo en la entrada del placer. Lo envuelvo con todo mi ser, con todo mi cuerpo. Lo abrazo tan fuerte que creo que voy a asfixiarlo. Después, gimo. Gimo en el momento exacto en el que su cuerpo se hunde en el mío. En aquel momento en el que somos uno. Me muevo, él se mueve. El agua sigue corriendo y salimos de la ducha así, tal como estamos. Camina conmigo hasta la habitación y me apoya en otra pared para volver a hundirse en mí. Disfruta de la lentitud de sus movimientos, y yo también. Es un vaivén exquisito que poco a poco vuelve a aumentar su ritmo e intensidad. Tiemblo. Y pido más.

Gira conmigo y ahora es él el que se encuentra atrapado entre la pared y yo. Respira agitado y como puede se equilibra para no dejarme caer. Me abrazo aún más y luego caminamos hacia la cama. Allí caemos los dos y el juego recién comienza. Besa todo de mí y yo todo de él. Descubro más tatuajes que mentalmente me obligo a recordar para preguntarle qué significan. Otra cosa que descubro son cicatrices. Parecen impactos de bala y, la verdad, con lo que me ha contado, no es de mucho extrañar.

En un rápido movimiento Zeta queda sobre mí. Su cuerpo trabajado me produce tanto placer que no tardo en estallar. Y mi explosión acelera la

suya... Gime, resopla y finalmente deja caer su frente entre mis pechos.

—Vas a matarme... —dice después de unos segundos.

—Después de todo soy una amenaza más para ti —susurro con una sonrisa mientras le acaricio la melena.

Él se queda en silencio. Y, cuando pienso que se ha dormido, vuelve a hablar.

—Sí, eres una amenaza... pero no puedo alejarme de ti. —Se acomoda detrás de mí y me abraza. Me envuelve con sus brazos y con sus piernas. Besa mi espalda y, apretándome con suavidad, sentencia—: No puedo, Celine.

Me quedo inmóvil. No sé si lo ha dicho sin querer o porque quiere que entre en el personaje. Y entonces me cuestiono algo más... ¿Con quién hizo el amor...? ¿Conmigo o con Celine?

XI

Zeta

—¿Celine? —pregunta sin voltearse y yo continúo acariciando su espalda.

—Celine... —repito—. Acostúmbrate. Tu verdadero nombre no puede salir más de nuestros labios —beso uno de sus hombros.

Se queda en silencio y yo poco a poco comienzo a cerrar mis ojos. Estoy agotado. Mentalmente agotado. Paso la mayor parte del tiempo analizando a la gente que está a nuestro alrededor. O ideando formas de poder llegar a contactos confiables. Necesito un descanso. Una noche para poder recuperarme y seguir adelante.

La luz del celular desechable ilumina toda la habitación. Salgo sin hacer ruido hasta el baño y atiendo en voz baja.

—¿Tienes noticias? —Voy directo al grano. La situación no está para perder el tiempo en cortesías.

—Sí. El cargamento llegará en una semana.

—Una semana... —repito acariciándome la barba con insistencia. Tengo solo una semana para entrenarla—. ¿Qué sabes de Piero Mosconi?

—Piero ya ha corrido la voz de que tú tienes a Celine. Y que eres un traidor. Beto... vas a tener que cuidarte. Está difícil. Los de La Rosa conocían tu cercanía con Mosconi.

La Rosa es la organización que recibirá el cargamento de droga y con la cual la verdadera Celine tiene contactos. Se supone que ella hará la

transacción, pero moveré los pocos contactos que tengo para cambiar el puerto de desembarque y poder acercar a Vanesa a ese mundo. La idea es descubrir qué esconde Celine.

—No me verán a mí, verán a Celine.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Me parece una operación demasiado arriesgada. Por un lado, está Mosconi, por otro la policía y... finalmente está Celine, la verdadera. ¿Qué crees que va a pasar si ella se da cuenta que la están suplantando?

—No tengo ni la menor idea, Jacobo.

—No tienes salida. Entrégate a Mosconi, dale a la muchacha y te olvidas de todo esto.

—Me va a matar. No tengo opción alguna a sobrevivir si me entrego a él.

—¿Y la policía?

—La única persona en la que confiaba está muerta. —agrego con frialdad—. Jacobo... ¿qué hay del efectivo?

Cuando me arranqué de la organización salí sin nada. Pero ahora, para la operación que en mi mente había montado, necesitaba mucho dinero.

—Te conseguí un poco. No fue fácil, así que...

Jacobo no es un hombre que haga favores gratis. Con él todo sale más caro. Pero es confiable y eso, en la situación en la que me encuentro, es imprescindible.

—Págate de lo que conseguiste, pero no te aproveches —sentencio—. Lo demás quiero que me lo dejes en algún basurero de la entrada del metro en Baker Street.

—Bien. Lo haré mañana entre las nueve y las diez de la mañana.

—A las nueve y media. Sé puntual. Te estaré vigilando. Y, por favor, no dejes huellas.

—Por favor... —dice con soberbia—. Estás hablando conmigo.

Corta la comunicación y yo me doy una ducha. El vapor empaña el espejo y, cuando ya he terminado, me pongo a trazar líneas en él. Calles, lugares de escape, posibles cámaras. Todo forma parte de un plano que se complementa con el que tengo en mente. Tengo memoria fotográfica, por lo tanto, puedo recordar todo lo que allí hay.

El reloj avanza y sigo mirando el espejo que empieza a desempañarse. Dejo la ducha dada y repaso las líneas que se han ido borrando. En eso estoy, cuando una figura femenina me llama la atención. Es ella. Lleva su pelo suelto hacia un lado y solo está vestida con su tanga.

—¿Qué haces? —pregunta con un timbre de voz inusual.

—Sigue ensayando la voz. —respondo volviendo a mirar mi plano improvisado—. En una semana tendremos el primer contacto.

Abre los ojos de par en par.

—¿Tan pronto? —Se acerca a mí con su timbre de voz de siempre.

—Eso... lo que acabas de hacer, no puede suceder —instruyo volviéndome hacia ella—. Eres Celine. No puedes por nada del mundo salirte de tu papel.

Empiezo a dudar de su capacidad para lograr meterse en la piel de Celine. De cómo se desenvuelva dependerá nuestra vida. Literalmente.

—Aún estamos a tiempo si te quieres retirar de la operación.

—Quiero hacerlo —me mira muy seria—. Quiero saber quién es ella, por qué es tan parecida a mí físicamente.

—Entonces deberás comenzar a convencerte de que eres Celine. ¿Puedes hacerlo? —pregunto más inseguro que antes.

—Puedo. Voy a hacerlo, Zeta.

—Ven acá... —Enlazo nuestros dedos y la acerco. Acaricio con ambas manos su rostro y desenredo su cabello, echándolo hacia atrás—. Yo no voy a estar contigo cuando hagamos contacto. No poseo la tecnología para monitorear lo que ellos digan y lo que tú debas responder. Dependo de ti. Tú y yo dependemos de ti.

—Sé lo que estoy haciendo, Zeta.

—Bien... —Beso su frente—. Espero que así sea.

Camino hacia la habitación rodeando su cuerpo y la dejo en el baño. Yo, mientras tanto, me quito la toalla que envuelve mi cintura y busco un bóxer dentro de las bolsas de compras.

—No confías en mí, ¿verdad? —dice volviendo a entrar en la habitación, pero su respiración se queda congelada en cuanto me ve. Me volteo y sus ojos se concentran en mi trasero.

—Confío en ti. Pero creo que aún te falta mucho para ser Celine. Mañana tengo que salir temprano, pero tú te vas a quedar estudiando los gestos y la voz de ella.

Termino de ponerme el bóxer ante su atenta mirada y me cruzo de brazos.

—¿Me escuchaste?

—Ajá... —Recién me mira a los ojos.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Sacude la cabeza y vuelve a una postura más rígida.

—Estudiaré los gestos y la voz de Celine.

—Tu voz. Tú eres Celine

Cierra los ojos y asiente.

—Eso.

Volvemos a la cama un poco más callados.

—¿Alguna vez sientes miedo? —me pregunta viéndome a los ojos.

—Sí. El miedo te mantiene alerta. Mientras no te paralice, es bueno sentirlo. ¿Tienes miedo? —acaricio su mano.

—Sí... Un poco.

La acerco aún más, la abrazo y, entre caricia y caricia, se duerme.

Han pasado algunas horas y aquí estoy, a una calle del metro. Esquivo algunas cámaras de seguridad y llevo una gorra que cubre en parte mi rostro. La ropa oscura siempre ha sido llamativa cuando se trata de personas sospechosas, así que uso una sudadera de color verde. Camino más relajado de lo que realmente estoy y busco con rapidez a Jacobo. Me detengo a una distancia prudente que me permite visualizar cada basurero de ese sector de Baker Street. Saco una cámara profesional y me hago pasar por turista. Esa cámara me permite observar cualquier movimiento. Consulto la hora: 9:35 hrs. Me pongo nervioso. Jacobo es puntual. Sigo capturando cualquier cosa y, cuando ya estoy por rendirme, lo veo aparecer.

Carga un bolso oscuro y viste de jean y de camiseta. Camina de manera natural y busca el basurero que está ubicado en un punto ciego de las cámaras de seguridad.

Se aleja. Se aleja y yo sigo vigilando. Nunca se sabe si alguien lo ha seguido o si algún policía se ha dado cuenta de la maniobra. Los primeros cinco minutos no reflejan un movimiento extraño, así que entro en acción.

Tomo el bolso negro y, por el peso, puedo adivinar que son alrededor de tres mil dólares. Tiene razón. No es tanto como esperaba, pero será suficiente para transformar a Vanesa en Celine.

Camino hasta el hotel en donde actualmente nos estamos quedando. No me desvío para nada. No quiero dejarla demasiado tiempo sola ni quiero exponerme a que me roben lo único que tengo para sobrevivir junto a ella.

El recepcionista me saluda, sin embargo, solo hago un leve gesto con la cabeza y paso directo al ascensor. Ni siquiera lo miro.

Cuando me detengo en el piso y camino hacia nuestra suite, la puerta entreabierta automáticamente alerta todos mis sentidos. Saco el arma que guardo con recelo en la pretina trasera de mi pantalón y apunto, resguardándome.

—¿Celine? —Llamo rogando porque Vanesa entienda que es a ella a quien quiero.

Ropa desperdigada por la sala principal me altera aún más. Sin embargo, cuando llego a la habitación, la veo. Está distinta. No logro

descifrar qué es lo que no encaja en la habitación. Sin embargo, ella sonríe y, luciendo un vestido rojo ajustado, me pregunta:

—¿Te gusta cómo se me ve? —Hasta su voz ha cambiado. Y, por un instante, dudo. Ella lo nota y aclara en seguida—: He estado practicando.

—¿De dónde sacaste ese vestido?

—Lo compré.

—¿Cómo? —pregunto desafiante, sin bajar el arma.

Camina hacia mí, desafiante también. Tal como lo hizo aquella noche que le disparé a su novio. No se detiene hasta que mi arma apunta a su pecho.

—Baja el arma —dice, pero no me mira.

No le doy más importancia. Su solicitud me convence y termino devolviéndola a su lugar: detrás de mi pantalón.

—¿Cómo te fue? —pregunta sentándose en la cama, mirando con curiosidad los videos de vigilancia que le traje para que estudiara a Celine.

—Bien. Ya tengo todo. Vas a tener que ir a la peluquería y a alguna tienda elegante. Debes aprender también a caminar como ella... Nada puede quedar al azar.

—Lo haré bien, Zeta —me dice sin apartar la vista de la televisión, más segura que en la madrugada.

—Si quieres dar un paso al costado, estás a tiempo.

—No. No lo haré. —Me mira y yo desvío mi atención a esos labios—. Confía en mí.

Confiar. Cómo cuesta confiar.

En eso estoy, mirándola, cuando ella vuelve su atención a la televisión y, en un descuido, se hace una coleta. Una coleta que muestra a la perfección sus orejas. Esas orejas que, como huellas dactilares, son difíciles de imitar. Vuelvo a sacar el arma y ahora apunto sin remordimientos. Camino hacia ella con cautela y, sin que se dé cuenta, encaño su cabeza.

—Dime dónde está Vanesa.

XII

Celine

—Señora, ya sabemos dónde está el hombre y la muchacha.

Respiro profundo al escuchar esas palabras. Voy a verla. Por fin. Voy a verla y la voy a sacar del oscuro camino hacia el que la está llevando él.

—Bien. Prepara todo Giuseppe —ordeno sin mirarlo al tiempo que acaricio mi cabello en el espejo.

Cuando ya estoy sola, camino hacia mi escritorio y descuelgo el teléfono para hacer una llamada. En un perfecto inglés le indico a uno de mis contactos que se comunice con el hombre que me ha estado buscando incansablemente en los últimos años y que ahora lo hace de la mano de mi...

—Está todo listo, señora —interrumpe mis pensamientos uno de mis guardaespaldas. Le pido que aguarde un segundo mientras escucho al otro lado de la línea la confirmación de que mi orden se llevará a cabo.

Una vez que corto, respondo:

—Bien. En quince minutos partimos.

Enciendo la TV y lo primero que veo es la noticia de los funerales del Director General de la Agencia Secreta de Seguridad. Lo catalogan como suicidio, sin embargo, todos en el ambiente sabemos que fue un ajuste de cuentas. Los de la mafia de Mosconi descubrieron que Beto era un sapo. Y ahora a ese sapo lo están buscando para matarlo. Y, por añadidura, matarán a Vanesa. No puedo permitirlo. No puedo dejar que eso suceda. Yo, que he sacrificado tanto para que no sucediera... No. No puedo permitirlo.

Los ojos se me llenan de lágrimas y la imagen del noticiero se vuelve borrosa.

Unas horas después, él me ha descubierto. Y, a pesar de que un arma apunta a mi cabeza, ya no tengo miedo. Nunca lo he tenido... hasta que descubrí que Vanesa estaba con él, con Beto. O como se llame, en este mundo se da bien cambiarse de nombre o elegir apodos para no involucrar a la familia. Familia... esa palabra hasta hace poco era tan lejana a mí. En este mundo no se puede tener familia, porque son tu punto débil. Y yo no podía ser débil. No debía tener familia... y entonces, como hace más de veinte años, ella llega a mi vida para ponerme sobre la delgada línea de la debilidad.

—Te hice una pregunta, ¿dónde está Vanesa?

Podría decir que la he matado y así me evitaría muchos problemas, pero... la insistencia y preocupación del hombre resquebraja mi discurso previamente ensayado.

—A salvo. Lejos de toda la basura a la que la estás arrastrando. ¿Viste lo que le pasó al Director de la Agencia?

El hombre baja poco a poco el arma y susurra.

—Estaba al teléfono con él cuando sucedió.

—¿Y crees que no van a venir por ti y por ella? Ya sé que la estabas entrenando para que me suplantara en una recepción de mercancía. Es un absurdo. Mírate, no tienes protección. Iban a ir directo a una carnicería. —Suelto una carcajada y él se sienta sin dejar de estar alerta—. Entiendo que hayas trabajado de sapo para la agencia, pero eso no te hace un agente especializado.

—He recibido entrenamiento. He planeado esto con los pocos recursos que tengo —me suelta seguro.

Es un hombre ingenuo. Acostumbrado más al mundo del microtráfico que al ambiente que se vive en las esferas más grandes. Me produce ternura y en un arrebato le acaricio el largo cabello, dándole un leve tirón para que me mire a los ojos.

—Un plan que no previó que yo te mandarí a una cita sin sentido para distraerte y poder venir hasta aquí. Agradece que lo hice yo... De lo contrario

al abrir esa puerta te hubieses encontrado a Vanesa tirada en el suelo rodeada de un charco de sangre. En el mejor de los casos.

Duele de solo imaginarlo. Así que aparto la mirada y cambio de dirección la conversación.

—Me estuviste buscando muchos años. Me tienes aquí... ¿Qué quieres?

—Arrestarte. Teníamos las evidencias, pero no a ti.

Se levanta y vuelve a mirarme, esta vez con una mirada gélida.

—Pero ahora quiero saber a qué se debe el parecido con Vanesa, ¿quién eres, Celine?

—Eso no es de tu incumbencia —señalo con una voz tan gélida como su mirada.

De pronto unos disparos en el exterior llaman la atención de ambos. Saco un arma que siempre llevo en el escote de mi sostén. Y me quedo alerta, mirando de reojo a Beto, quien saca un bolso lleno de armas.

—No soy ningún novato —me dice ante mi asombro—, y tu hija está entrenada para usar cada una de estas armas.

No puedo replicarle ni encararlo por su deducción porque de inmediato se prepara para disparar.

—No dispaes —instruyo—. Tengo a hombres custodiando las entradas. Solo mantente alerta.

Sin apartar la vista de la puerta, me dice:

—Es tu hija, ¿verdad? Vanesa es tu hija.

XIII

Vanesa

Me suelto del hombre que me está protegiendo y corro hacia donde está Zeta. Es un impulso. Cuando veo a Celine armada me imagino que ella ha empezado la balacera en contra de Zeta. Mi Zeta. Y, sin querer, he quedado en medio de fuego cruzado. Escucho el grito desgarrador de Celine al tiempo que caigo en cámara lenta en medio de la calle. Y siento el cuerpo de Zeta sobre mí.

—No te duermas —ordena desesperado mientras se mantiene disparando—. ¡No me quedan balas! —grita más desesperado aún.

Y yo cierro los ojos. Pesan. Pesan mucho.

—¡Vamos, nena, sigue conmigo!

Es lo último que escucho antes de dejarme vencer.

Unas horas antes

Zeta ha salido, pero me ha encomendado estudiar bien a Celine. Debo admitir que me siento asombrada. Celine es una mujer muy, pero muy interesante. Su forma de caminar y el tono de voz envuelve a cualquiera. Tal vez es por eso por lo que se ha ganado la admiración de tantos hombres dentro de este oscuro mundo.

Celine parece un mito, pero no lo es. Es real. He estudiado su expediente y se detalla que inclusive se ha sometido a cirugías antienvjecimiento. ¿Cuántos años tendrá? Ningún agente o investigador lo

ha podido precisar. Y lo que más me intriga... ¿Cuál es su relación conmigo?

Suspiro. A veces me siento tan sola en el mundo que quisiera que tuviera algún parentesco conmigo. Vivir corriendo para que no me maten me ha alejado de personas que había empezado a querer y me ha obligado a mentir para protegerlas. Por ejemplo, a mis amigas les llamé para informarles que había vuelto a Chile con mi tía.

De mis padres solo sé lo que mi tía me dijo una sola vez: “Ellos te cuidan desde el cielo y yo desde acá”. Y nunca más hablamos del tema. No tuve hermanos, primos, nada. Solo quedamos mi tía Clara y yo.

Vuelvo a suspirar, me levanto de la cama y pongo en pausa el video de vigilancia número 6.

El hambre me obliga a descolgar el teléfono y pido algo liviano para que me lo suban a la habitación y después me meto a la ducha.

Es imposible no recordar lo que pasó en la ducha con Zeta. Y, al hacerlo, un cosquilleo me sube desde la entrepierna hasta la garganta. Inmediatamente se endurecen mis pezones y me obligo a pensar en otra cosa que no sean las manos de él recorriéndome, o su rostro disfrutando... o sus labios susurrando mi nombre.

En medio de mi fantasía escucho a lo lejos el timbre de la habitación. Es muy pronto para que sea la comida así que indudablemente es él. ¿Y su llave?

Vacilo en si abrir tal cual como Dios me trajo al mundo o ponerme la bata y dejar más para la imaginación... En un momento de lucidez decido lo último y corro hacia la puerta.

Mi sonrisa se borra en el mismo instante en que la abro y puedo ver a la persona que está frente a mí. Me parece estar frente a un espejo. Yo, que sabía de su existencia, aun así, me asombro. Sin embargo, ella parece inalterable.

No sé qué decir. Más aún cuando veo que no viene sola, está acompañada de dos personas que parecen guardaespaldas y que sin lugar a duda vienen armados hasta en los dientes.

Como no digo nada y sigo escrutando a todos allí, ella da un paso dentro de la habitación. Viste de zapato de tacón y con un vestido ceñido y no muy formal. Entonces, sucede la magia. Ella habla y termina envolviéndome a mí también.

—Buenos días, querida. —Casi como al descuido me acaricia un mechón húmedo y me sonrío con ¿cariño?—. Ve a cambiarte que ya nos vamos.

Le hago caso. No porque quiera irme a quién sabe dónde, pero estar semi desnuda no me acomoda mucho. Le solicito que espere fuera de la habitación y amablemente me lo concede. Cierro la puerta y rápidamente busco uno de los celulares desechables para marcarle a Zeta.

—Contesta. Contesta. Contesta —susurro mientras me muevo de un lado a otro con el teléfono pegado a la oreja. No responde.

Busco el bolso de las armas, pero no lo encuentro. Abro armarios con cuidado, sin embargo, igual hago ruido.

—¿Está todo bien, querida?

—¡Sí, ya salgo! —alzo la voz mientras miro debajo de la cama. Allí está el bolso. Estiro todo lo que puedo mis dedos para alcanzarlo, pero no lo logro. Entonces, se abre la puerta.

—¿Pediste servicio a la habitación? —pregunta con una bandeja en las manos y veo tras de ella al botones retirándose.

—Sí.

—Aún no te vistes —Me mira de pies a cabeza.

—Estaba buscando mis zapatillas —digo alzándola para que la vea.

—Vístete rápido —ordena con menos dulzura que antes y deja la bandeja sobre la cama—. La idea es que cuando los de la mafia de Mosconi vengan por ti, ya no estés aquí. Apúrate, Vanesa, no tenemos mucho tiempo más.

¿Cómo sabe de Mosconi? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Dime quién eres —solicito.

—¿Me escuchaste, linda? No tenemos tiempo para vida social. Tienes dos minutos —sentencia antes de cerrar la puerta y dejarme a solas y confundida.

Cuando ya estoy lista, abro la puerta.

—Justo dos minutos —dice mirando su reloj y luego a mí—. Gracias. Ahora Jeremy te llevará hasta una habitación secreta de este hotel. No te preocupes, no podrán encontrarte porque ni siquiera está en los planos del edificio.

Me quedo muy quieta, pensando en segundos cómo escapar si esto es una emboscada. Jeremy es un hombre robusto que con solo tomarme de las muñecas podría dejarme sin escapatoria.

Ante mi inspección hacia el hombre, ella vuelve a hablar:

—No te preocupes. Él es un hombre de absoluta confianza.

Camino mirando hacia atrás, indecisa. Rogando porque Zeta no aparezca. No quiero que le hagan daño.

Efectivamente llegamos a una habitación. Es oscura y tiene aislantes de todo tipo. No tiene ventanas y parece un búnker.

Jeremy se queda apostado en la entrada y yo saco el teléfono que alcancé a guardar en medio del escote de mi sostén. Intento llamar, pero al parecer aquí no llega ningún tipo de señal.

Avanzan los minutos y con ellos mi desesperación. No logro calmarme, entonces golpeo la puerta para que Jeremy entre.

—Jeremy...

—Sí, señorita.

—¿Cuánto tiempo más voy a estar aquí?

—Solo unos minutos más, señorita. Estoy esperando una orden.

Y la orden llega. Me traslada escoltada como si yo fuese la mismísima Celine y eso se siente bien. Entonces no entiendo nada. El hotel es un caos. Gente corriendo y escondiéndose detrás de grandes macetas decorativas.

Jeremy sin embargo no me cubre con su cuerpo y me solicita que siga avanzando hacia el ascensor. Los disparos se escuchan por todas las direcciones y yo no dejo de buscar entre la gente a Zeta. No lo veo.

Logramos salir del edificio y, cuando estamos a punto de cruzar, veo a Zeta disparando hacia un auto y a Celine con un arma detrás de él. Lo primero que pienso es que quiere dispararle, entonces sucede... una bala, que no sé de dónde sale, me atraviesa.

Escucho el grito de Celine. Siento cómo mi cuerpo cae sobre el cemento, después a Zeta que me cubre con su propio cuerpo y, finalmente, su grito desesperado para que me quede con él. Para que no cierre los ojos. Pero ya es demasiado tarde.

XIV

Zeta

El silencio después del impacto que recibe Vanesa me aturde. Todo se vuelve lento. Incluso su respiración. Grito que no me quedan balas y le pido a Vanesa que se quede conmigo. Que no me deje. Miro a Celine y entiendo de inmediato mi mensaje: quiero que me cubra. Debo sacar pronto de allí a Vanesa.

La tomo en mis brazos y la cargo hasta un sitio seguro, en un pequeño callejón entre dos edificios. Mientras tanto Celine dispara, protegiéndonos. Sin embargo, no se queda en su sitio, sino que nos acompaña.

Dejo en el suelo a Vanesa e intento cubrirla con mi chaqueta y presionar el impacto de bala que tiene cerca de hombro derecho. La sangre brota con fuerza, empapándolo todo, incluso mis manos.

—Necesitamos una ambulancia. ¡Urgente! —grito mirando a Celine—. No va a resistir. Necesitamos sacarla de aquí.

A la balacera se han unido las fuerzas especiales que intentan detener a ambas mafias y Celine no deja de mirar hacia la policía. Es una fugitiva, si la encuentran se acabará su imperio.

—¡Celine, tu hija se está muriendo! —vuelvo a gritar para que reaccione.

—¡Estoy pensando! —me mira con ojos llorosos. Se toma un momento y después vuelve a ser la misma mujer inalterable que siempre investigué.

Saca su teléfono que guardaba en el escote del vestido y gruñe una instrucción en ruso.

—Necesito una ambulancia. Y que prepares el hospital para que recibas

un impacto de bala... Quiero a los mejores.

Corta y yo sigo presionando mientras ella hace una nueva llamada en la que le ordenaba a Jeremy que venga hasta donde estamos. Cuando el gorila llega, ella lo apunta directo a la sien.

—¿Qué carajos estabas pensando?

—Señora... Yo...

—¡Tenías que protegerla! ¡Protegerla, Jeremy! Te la confié y se te soltó de las manos. ¿Por qué la sacaste de la habitación?

Jeremy no dice nada, entonces ella vuelve a hablar.

—Sabes que tendré que hacerlo, ¿verdad? —Mueve el arma de la sien hasta el pecho del hombre—. Dios, Jeremy, ¿por qué me obligas a desconfiar de ti? ¿Te vendiste a Mosconi?

—No, señora...

—Sí, lo hiciste...

Yo tengo la vista fija en el rostro de Vanesa cuando suena el disparo.

No quiero mirar. Me mantengo pendiente todo el tiempo de Vanesa hasta que ella habla otra vez en ruso.

—Prepara otro box. Son dos los heridos.

Entonces respiro y veo de reojo a Jeremy, a quien le sangra una pierna.

La intervención de las fuerzas especiales ayuda a que los disparos acaben y los hombres de Mosconi desaparecen. Pero Vanesa continúa en el piso, agonizando. Espero sentir sirenas, espero una ambulancia común y corriente, pero lo que llega es una furgoneta enorme y negra. Tres hombres se bajan de ella y suben a Vanesa primero y después a Jeremy.

Dentro es como ver un box de hospital. Tiene un equipamiento completo.

Celine da órdenes como si estuviera acostumbrada a trasladar gente herida. Y seguramente así es. Pero yo no entiendo nada.

—¡Apúrate, José! —grita al conductor. Mientras tanto, un médico comienza a revisar la herida de Vanesa.

No se ve bien. Nada de bien.

Diez minutos después entramos a una bodega que por fuera parece abandonada y por dentro es el mejor hospital. Hay de todo. Absolutamente todo: Enfermeras, médicos, equipos e incluso un quirófano.

Veo cómo la conectan a un montón de máquinas y después comienzan a operar allí, frente a mis ojos.

—Va a estar bien. Son los mejores.

La voz de Celine invade mi abstracción y la miro curioso. Por fin puedo ver el mundo de esta mujer tan de cerca. Por un lado, estoy maravillado, pero por otro, asustado. Vanesa... Vanesa se está yendo. Y, la verdad, jamás pensé siquiera que una mujer iba a hacerme tan dependiente. Sí, al final de todo ella es mi droga.

—Tiene que estar bien. Debes decirle que es tu hija... —digo observándolo todo.

—Esto no debió pasar... —responde mientras mira mis manos ensangrentadas—. Ella estaba a salvo antes de ti.

—Lo... lo siento —digo.

Un silencio que solo es acompañado por el ruido de las máquinas nos invade. Quiero preguntarle tanto...

—Monté este hospital provisorio hace un par de años, cuando me hirieron y no podían ingresarme a ningún hospital sin ser descubierta. Desde entonces cuento con los mejores especialistas.

—¿Quiere que le confiese algo, Celine? —digo con la vista fija en el médico que extrae la bala de Vanesa—. Estoy impresionado.

—Es muy común que se cuente con lugares de este tipo. No nos arriesgamos a que nos encuentren ni tampoco a morir. Y todo hombre es fiel cuando hay dinero de por medio.

—Menos Jeremy, ¿no?

—Jeremy fue fiel, pero imprudente. Ya hice mis averiguaciones...

—¿Cómo puede vivir tranquila con tanta traición en este mundo?

—Los traidores están en todos lados, ¿Zeta? ¿Así te dice Vanesa? —asiento—. Como te decía, los traidores están en todos lados. La deslealtad es algo constante en este mundo y en el que quieras imaginar. Algunos lo hacen por dinero, otros por fama o atención. Además... Este es el camino que elegí.

—¿Cuándo le vas a decir a Vanesa la verdad?

—No es algo que haya pensado hacer...

—¿Por qué?

—Porque aún puedo protegerla.

—Tiene todo el derecho del mundo de saber su verdadero origen. Y tus motivos.

—Tiene más derecho a vivir. Que sepa que soy su madre es sentenciarla a morir.

Termina de decir aquello y la máquina de los signos vitales emite ese sonido que siempre he odiado. Y una línea recta se dibuja en el monitor.

—¡Carro rojo! —grita el médico a cargo.

Celine intenta ingresar, pero no la dejan pasar y yo me acerco lo que más puedo. Vanesa salta con la carga eléctrica. Una. Dos. Tres veces...

Todo sigue en cámara lenta para mí, para Celine. La escucho gritar y yo golpeo una pared una y otra vez. No quiero mirar... No quiero ver cómo se va. Cómo me deja.

Apoyo la frente en la misma pared que he golpeado y cierro los ojos. Entonces, cuando ya creo que está todo perdido, los latidos vuelven y el alivio también.

A penas Vanesa abre los ojos después de la operación, me dejan pasar. Sonríe y se queja en cuanto intenta acomodarse para sentarse.

—No, quédate así como estás —digo sentándome en el borde de la camilla—. ¿Cómo te sientes?

—Me duele todo —responde mirando lo que la rodea—. ¿Dónde estamos?

—Digamos que en un hospital de Celine.

Abre los ojos de par en par y baja la voz para preguntar:

—¿La viste? Es igual a mí. No logro entenderlo —me dice asombrada. Claramente no seré yo quien le haga entender.

—Sí, la vi.

—Creí que iba a matarte. Que por eso te apuntaba.

—No, me estaba cubriendo. Nos encontraron, Vanesa.

—¿Tú estás bien? —Levanta la mano izquierda y acaricia mi mejilla. Le beso la mano y asiento con la cabeza.

—Me preocupaste. Mucho.

—Por suerte fue en el hombro...

Ni siquiera se imagina que hizo un paro cardíaco en medio de la operación.

—Pensé que te morías, Vanesa. Perdiste mucha sangre.

Suspiro y le acaricio los cabellos antes de besarle la frente y decir:

—No vuelvas a hacerme algo así —digo recordando cada sensación que me provocó ese sonido que indicaba que su corazón se había detenido.

—¿Qué haremos ahora? Ya encontramos a Celine... Ya puedes entregarla a Mosconi para que nos deje libres.

Y ahí está la verdadera razón por la que habíamos llegado a Celine. Primero obtendríamos la protección de su gente hasta llegar a ella y... así poder entregarla a Mosconi para ser libres. Sin embargo, ahora no estoy seguro de que entregarla sea lo mejor. Ni lo correcto. ¡Es la madre de Vanesa!

Celine de pronto ingresa a la habitación improvisada y mira con una

dulzura difícil de ocultar a Vanesa.

—¿Cómo sigues, querida?

Vanesa la mira unos segundos eternos y finalmente contesta:

—Bien...

Las observo a ambas. Tal vez este sea el momento que ellas necesitan para hablar, para que por fin Vanesa sepa la razón por la cual Celine se parece a ella, la razón por la cual ella la protege y la mira con tanto afecto.

—Voy por un cigarrillo —digo saliendo de la habitación, dejando que ambas mujeres se reencuentren.

XV

Celine

Zeta cierra la puerta y por fin mi hija y yo quedamos a solas. No me canso de observarla, de ver cómo ha crecido desde que la dejé a cargo de Clara. De solo recordar aquel día se me llenan los ojos de lágrimas y debo ponerme la máscara de mujer fría que me caracteriza.

—Veo que ya estás mejor... —Desvió la mirada hacia cualquier parte y camino alrededor de la camilla—. Tendrás a tu disposición a todo el equipo médico que te atendió. No quiero correr riesgos.

—Yo... creo que ya estoy bien. Prefiero recuperarme en mi casa... —susurra.

—¿Cuál casa, querida? ¿Cuál casa si junto a ese muchacho lo único que hacen es esconderse y correr? De ninguna manera. Te quedarás aquí hasta que estés a salvo. Te conseguiré una nueva identidad y un boleto para que viajes al lugar que quieras. Debes volver a empezar —sentencio, concentrándome esta vez en sus ojos, tan iguales a los míos, y acentúo mi plan tocándole con firmeza el hombro sano.

Al principio no dice nada, pero aquel silencio molesta tanto, que no tarda en preguntar:

—¿Quién eres? ¿Por qué me proteges tanto?

De verdad quiero decírselo, pero hacerlo sería ponerla en más peligro aún.

Por suerte la llamada de uno de mis abogados interrumpe el duelo de miradas que habíamos comenzado. Salgo de la habitación y comienzo a hablar.

—Sergio, necesito una identidad... No, no es para mí.

Continúo explicando y me percató de Zeta, quien me mira de soslayo cada cierto tiempo. Corto la llamada y lo enfrento:

—¿No te enseñaron que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación?

—¿Qué estás planeando, Celine?

—Voy a sacarla de la mierda en la que la metiste. No es bueno para ella... para su seguridad.

—Ella está segura conmigo —dice arrogante.

Harta de aquella discusión, digo en voz alta antes de entrar a la habitación:

—No me hagas reír...

Vanesa está concentrada en el techo de aquel galpón que he transformado en un hospital.

—¿Tienes hambre? —pregunto sentándome a su lado, tomándole una de sus manos.

—No... Solo estoy un poco agotada. Y comienza a doler... —me dice mirando su hombro.

—Pediré que te apliquen anestesia local. Es muy efectiva.

—¿Lo dices por experiencia propia? —pregunta.

Me callo unos segundos mientras le mantengo la mirada. Después, le respondo.

—Sí, pero no hablemos de mí.

—¿Qué no hablemos de ti? Por Dios, es por ti que estoy así. Si tú no hubieses llegado al hotel...

—Si yo no hubiese llegado, ahora estarías muerta, Vanesa —digo enojada—. Tú y ese muchacho quisieron jugar a los detectives y no tenían ni la menor idea en qué lío se estaban metiendo.

—Ponme al corriente, entonces... —desafía cruzándose de brazos (y

quejándose por ello al instante).

—La mafia de Mosconi tiene muchos, muchos contactos. Y, cuando hay un traidor en una organización, eliminarlo es lo que cuenta. No importa que te parecieras a la estafadora más temida del mundo del narcotráfico. Eso para ellos es más un logro que una desventaja. Así que, cuando quieran jugar otra vez a los detectives, asegúrense bien quién es el enemigo. No niego que las intenciones de Zeta eran buenas, pero esto no se trata de intenciones, se trata de trabajo de inteligencia que a él le falta. Y mucho. La única forma de que estés a salvo... Escúchame bien —digo inmovilizando con dulzura su rostro, obligándola a que me mire—... La única forma es que estés lejos de él y de mí. A él lo buscan por traidor y a mí, además, ahora por encubrirlo. Debes irte... haré todo lo que esté a mi alcance para que te vayas limpia y con nueva identidad.

—Aún no me contestas a qué se debe tanta consideración conmigo.

Me estremece a tal punto de que no sé si responderle con una verdad al cien por ciento o una verdad a medias...

—Porque cuando yo tenía tu edad, hubiese querido que alguien hiciera eso por mí. Me hubiese ahorrado muchos problemas... No sigas por este camino, menos por querer seguirlo a él —apunto hacia afuera, donde está Zeta.

—Yo quería encontrarte. Quería saber qué era eso que nos unía. Míranos, somos muy parecidas. Por favor, dime quién eres.

Le sonrío mientras me muerdo la lengua para no hablar. Me levanto muy despacio, le beso la frente y me despido desde una puerta improvisada:

—Te enviaré lo relacionado con tu nueva identidad en un par de horas. No me falles, Vanesa. Aléjate ahora que sí puedes hacerlo.

Camino erguida por algunos pasillos improvisados y me detengo en una banca puesta al azar. Respiro hondo y sin poder controlarme comienzo a sollozar. Mi hija. Por fin puedo ver a mi hija. Cuánto había soñado con este momento y, sin embargo, ya debo sacarla de mi vida. No podré decirle quien soy y, muy por el contrario, tendré que hacer lo que no pensé que haría tan pronto.

Inhalo y exhalo despacio para calmarme y, entonces, aparece Zeta.

—¿Está todo bien, Celine?

No contesto. Asiento con la cabeza y desvío la atención a mis manos que descansan en mi regazo.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo con Vanesa?

Niego con la cabeza, pero no digo nada durante unos segundos.

—O sí... No me hagas caso. De salud ella está muy bien.

—¿Entonces por qué estás así? ¿Le dijiste que eres su madre?

Me levanto tan pronto como puedo y digo:

—¡No! Y tampoco se lo dirás... No todavía.

Zeta lanza una moneda al aire de forma repetitiva, como si estuviera pensando.

—¿Cuál es el plan?

—Estoy consiguiendo identidades nuevas. Una para ti y otra para Vanesa...

—¿Y por qué aceptaríamos eso?

—Porque es la única salida —respondo acercándome tanto como puedo—. No juegues al héroe conmigo, porque no tienes otra opción.

La moneda cae al suelo, la toma con rapidez y antes de que entre a la habitación de Vanesa, le digo:

—No deben estar juntos. Tú lo sabes. Están arrancando y es más fácil pillarles la pista. Deberán comenzar una nueva vida en direcciones opuestas.

Su rostro se desencaja al instante, me mira con ese odio casi animal que lo acompaña casi siempre y finalmente entra sin decir ni una palabra a la habitación de Vanesa.

Cuando quedo otra vez sola, llamo por teléfono a todas las personas que me ayudarán para llevar a cabo mi último plan: Un piloto, un especialista en armas, la funeraria, un chofer que conocerá la ruta exacta para llevarme hasta mi pesadilla: Mosconi.

Dos horas después

Estoy sentada en un pequeño escritorio y un hombre de mi confianza me acerca dos sobres. Ambos contienen pasaporte, identificación, un boleto en avión, las llaves de una habitación de hotel. Y un arma.

—Gracias. —digo en tono seco observando ambos sobres. Uno dice Vanesa y el otro Zeta. Está claro, no puedo seguir perdiendo más tiempo.

Camino hacia la zona en la que los doctores toman café y allí pregunto por el estado de Vanesa. Está delicada, aún no se atreven a darle el alta y, por alguna razón, decido esperar un poco más.

Aquella espera me permite acercarme aún más a Vanesa. Conversamos de todo un poco. A veces ella es reacia a contar intimidades y en otras oportunidades soy yo quien se cierra. Vanesa siempre parece estar a la defensiva, esperando a que yo ataque primero. Otra cosa que observo es la cercanía con Zeta. Cuando los dejo solos parece haber algo más que una atracción y eso también es peligroso.

—No es para ti... —Le susurro a Zeta cuando estamos solos, esperando a que el doctor dé su último veredicto sobre el estado de salud.

—¿Qué pasó, suegrita? ¿Ahora te tomaste la atribución de elegir a tu yerno? Vamos por parte, ¿ya le dijiste que es tu hija?

Me quedo callada. Él sabe muy bien que no. Que no es bueno ni seguro.

El doctor sale con una sonrisa y eso me cambia inmediatamente el humor.

—Ya está en condiciones de viajar —es lo último que dice el hombre antes de retirarse junto a dos enfermeras.

—Gracias, Martín —le digo y guiño un ojo.

No puedo negar de que estoy nerviosa. Cada segundo que pasa me

acerca aún más al final. A aquello que no pensé que iba a hacer, menos por una persona que había desaparecido de mi vida.

Vanesa, cuando recibe de mi parte el sobre con su nueva identidad, se sorprende.

—¿Qué significa esto?

—Lo que te dije... Vas a empezar una nueva vida. Pero esa vida no lo incluye a él.

—¿Quién te crees para decidir algo así? —se exalta y comienza a desconectar todo lo que la ata a la camilla.

—Créeme, es por tu bien.

—¿Y Zeta sabe? ¿Qué dice? —vuelve a gritar, esta vez más calmada.

Zeta hace ingreso a la habitación en cuanto escucha los gritos.

—¿Sabías de esto? ¿Por qué...?

—Es lo mejor, Vanesa. —El hombre traga saliva y se sienta frente a ella, inmovilizándole el rostro con ambas manos para que lo mire a los ojos—. Vamos a volver a encontrarnos. Te lo prometo. Solo... solo debemos dejar que pase un poco el tiempo, ¿sí?

Los dejo solos. Es increíble que Vanesa sea así, tan sentimental. Yo... Yo no podría.

Camino de un lado a otro coordinando con teléfono en mano al avión que llevará a Vanesa hasta Nueva York. Allí volverá a empezar y ya no se llamará Vanesa, sino que... Natalia.

Llegamos los tres hasta un aeropuerto privado de un amigo. Decidí que fuera así para que no nos rastrearán ni se enteraran de que he programado un vuelo.

Vanesa tiene el rostro y los ojos hinchados de tanto llorar y yo miro con un poco de enojo a Zeta. Él no debió permitir que Vanesa se involucrara

tanto.

—Déjanos aquí, por favor —le solicito al chofer y bajamos los tres del auto negro.

Saludo al piloto y le presento a Vanesa y a Zeta.

—Bruno, tú serás el encargado de dejar a Vanesa en Nueva York. Está demás decir lo cuidadoso que debes ser.

—Sí, señora —agacha la cabeza y sonrío.

—Bien... Dejando todo claro, creo que ya es hora —consulto mi reloj y después le doy una mirada a Vanesa—. ¿Estás lista?

Asiente mirando por última vez a Zeta. Da unos pasos hacia la escalera de la nave, pero antes de pisar el primer escalón se devuelve y abraza y besa a Zeta.

—Dios mío... —murmullo haciendo girar mis ojos, agotada de tanto afecto.

Se prometen volver a encontrarse, a contactarse y, es ahí, cuando yo intervengo.

—Nada de contacto, les dije. Es por su seguridad. No pueden contactarse hasta que todo esto acabe.

Zeta le acaricia el cabello, le besa el rostro y después le promete sobre los labios:

—Voy a encontrarte cuando ya estés a salvo. Te lo prometo. Ahora vete. ¡Vete!

La suelta rápidamente del abrazo en el cual la envolvía y ella corre escaleras arriba.

Cuando el avión ya está en lo alto del cielo, saco el arma que tenía oculta en mi escote, la pongo en el piso y le doy un pequeño golpe para que se arrastre hasta los pies de Zeta.

—Mátame —ordeno mirando a mis guardaespaldas para advertirles de que no deben intervenir.

—¿Qué? —Zeta está ensimismado mirando el avión y de pronto se da cuenta de lo que le estoy pidiendo.

—Que me mates. Te escuché, Zeta. Este era tu plan... Tenías que matarme para ser libre.

—No... eso era antes —susurra sin entender.

—Sigue siendo un buen plan. Es la única forma para que los dejen tranquilos, Zeta.

Me acerco con otra arma que escondía en la parte trasera del cinturón. Lo apunto, pero él no hace nada.

—¡Zeta, te estoy hablando! ¡Toma el arma y mátame!

—No voy a hacerlo... tienes que hablar con ella, tienes que decirle que eres su madre...

Bajo el arma y le miro, asombrada.

—La quieres de verdad, ¿no?

—No puedes negarle esto. Ya la alejaste, no lo hagas de nuevo.

—En el pasado lo hice por su bien. Ahora también. —Suspiro y le mantengo la mirada—. Mátame y llévame hasta Mosconi, Zeta. Es una orden.

Su cara se transforma de un segundo a otro. Es lógico que aún no ha entendido nada.

—Agente... —digo afectada. Tengo miedo. Claro que sí lo tengo—. Es una orden. Mátame y lléveme hasta Mosconi para salvar la vida de mi hija.

Estamos frente a frente, el cielo comienza a ponerse naranja y la brisa de la tarde nos revuelve el cabello.

—¿Quién eres, Celine?

Dejo caer una credencial muy, pero muy secretamente guardada y, junto a ella, una carta.

—En estos momentos, soy su superior a cargo. Siga mi orden, agente. Mátame y lléveme hasta Mosconi.

—No... No puede ser verdad. No voy a matarla, Celine. Menos ahora.

Da dos pasos hacia mí y yo retrocedo empuñando el arma, llevándola a mi sien.

—Si usted no lo hace, entonces lo haré yo.

No sé qué escucho primero. La bala que sale de mi arma o los disparos provenientes de los hombres de Mosconi que entran en camionetas blindadas al lugar.

XVI

Vanesa

Un año después...

Nueva York es una ciudad agobiante, pero encantadora. Aquí he comenzado a vivir una vida con una identidad distinta y de muy bajo perfil.

Ya no soy la chica que se sienta en el bar a esperar a que llegue un hombre tatuado o su novio maltratador. No. Ahora soy yo quien sirve los tragos. Trabajo en un bar de una avenida poco concurrida y el dueño me deja vivir en el piso que está sobre el local. Al menos una vez a la semana viene un hombre barbudo con pinta de gorila que pide Vodka y me pregunta muy sinceramente: “¿Cómo está todo?”. Al principio no pude reconocerlo, pensé que solo era un cliente amable. Dos semanas después entendí que era un hombre enviado por Celine para protegerme. Celine... O Zeta... ¿Qué será de sus vidas? ¿Zeta me recordará?

—Natalia, necesito que te quedes a cargo. Debo salir un momento.
—El dueño del local espanta mis pensamientos y asiento con la cabeza mientras termino de lavar unas copas.

El bar está casi vacío. Digo casi porque en la mesa del rincón hay un hombre de espaldas hojeando un diario. No debe llevar mucho tiempo ahí, hace cinco minutos no estaba. Rodeo la barra y me acerco para tomarle el pedido.

—¿Qué va a querer? —digo en voz baja ubicándome a su lado y sacando de mi delantal una libreta y un lápiz.

El hombre no dice nada, mantiene su vista fija en el periódico.

—¿Señor? —insisto para llamar su atención.

Me doy cuenta de que lleva gafas, a pesar de que ya casi anochece, cuando se las quita. Y aquellos ojos son inconfundibles. Dejo caer la libreta y el lápiz y lo abrazo sin resistirlo.

—¡Zeta! —Lo suelto y lo vuelvo a abrazar, estudiándolo cuidadosamente—. ¿Qué le pasó a tu barba? —acaricio su mentón—. ¿Y tu cabello? Te lo cortaste.

Él me sonrío y me sienta sobre sus piernas. Es inapropiado, lo sé. Mi jefe llegará en cualquier minuto, pero no me importa nada. Ha pasado un año, si es que no más, sin que pudiese verle a él. Al hombre que se ha adueñado de todos mis pensamientos.

—¿Cómo estás? ¿Dónde estuviste todo este tiempo? —pregunto evitando gritar.

—Son muchas preguntas —responde.

—Ay, cómo extrañé esa voz... —digo mirándolo con dulzura mientras acaricio su manzana de adán con mi pulgar—. Te extrañé tanto, Zeta.

—Ya no soy Zeta —dice mirando mis labios y acariciando con ambas manos mi espalda—. Y también te extrañé.

Vuelvo a abrazarlo y por unos minutos solo nos dedicamos a eso, a sentirnos. Reina el silencio entre los dos. Reina la calma por fin. Dejo salir todo el aire de mis pulmones y vuelvo a respirar como si todos estos meses no lo hubiese hecho.

Cierro los ojos y el miedo, la incertidumbre y la nostalgia afloran entre lágrimas.

—Pensé que nunca vendrías por mí —digo rasgando el silencio cómodo que hay entre él y yo.

—Te prometí que volvería cuando estuvieras a salvo.

—¿Ya lo estoy?

—Sí. Todo se acabó.

Lo miro a los ojos y recuerdo aquel día en que me subí al avión. Y los días siguientes cuando la prensa hablaba de lo ocurrido en Londres... de

agentes caídos de los cuales no podían informar la identidad, de la mafia de Mosconi por fin desbaratada... Del supuesto hijo de Mosconi que había escapado sin dejar rastro. Y mi desesperación por no saber si Zeta estaba bien o no. Dios mío, estaba aquí. Conmigo por fin.

—¿Estás seguro?

No responde. Mira su reloj y dice:

—Según lo informado por un contacto, este bar cierra en un minuto. ¿Vamos? Sé que vives aquí, pero quiero que nos pongamos al día en un lugar... más privado.

—Sí, sí. Mi jefe no tarda. Prefiero esperarlo si no te molesta.

Me levanto y termino la tarea de lavar las copas de los clientes. A mis espaldas y gracias al espejo que tengo enfrente veo cómo él se sienta en la barra y me mira.

—¿Qué? —pregunto.

—Siéntate acá... —palmea el taburete del lado y yo me seco las manos para hacerle caso.

—Listo...

—¿Recuerdas cómo comenzó todo entre nosotros?

Asiento con la cabeza antes de responder.

—Sí, en un bar...

—¿Recuerdas lo que te pregunté?

—¿Qué hace una mujer como tú en un lugar como este? —repito lo que mi memoria trae al presente.

—¿En serio? ¿No te pregunté el nombre?

—Nop. Te lo dije yo después de que la segunda vez que nos vimos me llevaste a la cama de un departamento rentado. —Me sonrojo de solo recordar cómo sus manos hicieron estragos en mí.

—No estaba planeado, Natalia... —Dios, cómo extrañaba que me dijera Vanesa—. Todo lo que pasó en esa habitación fue real. No era parte de

la operación —susurra para que solo el aire que hay entre nosotros se entere de lo que fuimos antes. Le miro sus labios, siempre tan llamativos, cálidos.

Me alejo un poco y miro un plato con limones trozados que hay sobre la barra.

—Siempre he escuchado que les ponen nombre a los operativos como esos. ¿Cuál era el nombre?

—No podemos hablar de eso... —carraspea.

—Tú empezaste al recordarlo... —digo sin mirarlo.

—Mi objetivo era presentarme —sonríe.

—Cierto. —Alzo las cejas. Él ya no es Zeta. Mi Zeta—. ¿Cuál es el de ahora?

—Mike, soy Mike... —Sonríe y me muestra su mano para que la estreche.

—Y yo soy Natalia, pero creo que eso ya lo sabías.

Me suelto rápidamente cuando siento la puerta abrirse y el espejo me permite ver entrar a mi jefe. Me levanto y los presento:

—Jorge, él es Mike. Un amigo. —Se estrechan la mano y agrego—: Mike... Él es mi jefe.

—Un gusto, Mike.

Jorge es un hombre de unos sesenta años, barbudo y de melena canosa. Viste siempre con cazadoras de piel y jeans. Es solitario, jamás habla de su vida privada y eso me permite tener la misma reserva de mi vida personal. Llegué a este bar por un anuncio en el periódico hace casi ocho meses y, la verdad, tenerlo a él todo este tiempo fue casi como tener una familia. Lo respeto. Muchísimo.

—Jorge... Hoy no me quedaré... —Señalo el techo para aludir a mi habitación.

Me sonrío bonachón, asiente con la cabeza y me dice sin juzgar ni preguntar:

—Ve tranquila. No te preocupes por cerrar, lo hago yo.

—Gracias... —Jamás lo he abrazado, pero por impulso le acaricio un brazo. Es todo lo que él me permite. No es que no sea cariñoso, solo es que no está acostumbrado a las muestras físicas de afecto.

Salimos en silencio del bar y caminamos sin ningún rumbo fijo, por lo menos yo. Con... ¿Cómo se llama ahora? Mike... Con Mike caminamos separados. Él con las manos dentro de su chaqueta de cuero y yo con los brazos cruzados. Vamos lento, disfrutando por fin de eso que formamos en el pasado y, que por la adrenalina de lo vivido, jamás pudimos detenernos a sentir en toda su intensidad. Se siente raro. Tanta tranquilidad me desespera. Tengo tanto que preguntar...

—Cuéntame qué se hace ahora. Jamás había tenido una nueva identidad... ¿Siempre será así? ¿Mi otro yo desaparecerá para siempre?

Se detiene y me obliga a hacer lo mismo. Estamos frente a frente, estudiando cada gesto, cada característica de lo que hoy somos y de lo que fuimos y dejamos atrás.

—Siempre serás Vanesa para mí —acaricia mi rostro con delicadeza, lentamente—. Tienes que seguir tu vida normal, como lo vienes haciendo hasta ahora. Es distinto para quien debe infiltrarse en operaciones peligrosas. Ahora estás a salvo, Va... Natalia. —Sonríe por la confusión.

—¿Ves que no es fácil? Yo no sé si pueda llamarte todo el tiempo Mike... No tienes cara de Mike.

—Llámame como quieras... Al final, solo tú me llamabas Zeta.

—¿Y ahora dónde vamos, Zeta? —disfruto de llamarlo así.

—A rentar un departamento —me guiña un ojo y me toma de la mano para seguir caminando, pero me detengo antes de dar tres pasos.

—No, esta vez no va a ser igual como la primera vez.

—¿Alguna queja? —alza una ceja otra vez. Dios, es tan lindo.

—Ajá...

Me pongo de puntillas, acaricio su torso y subo hasta cruzar mis manos

detrás de su cuello, rozando su cabello.

—Bésame —reclamo.

—¿Aquí? —mira a todos lados haciéndose el gracioso. Tiro de sus cabellos e insisto.

—¡Sí, bésame!

Mi solicitud es acogida y en pocos segundos su boca por fin busca la mía. Me besa lento, demandante. Todo es tal y como recordaba. Un año... Un año sin probar sus labios y sigue despertando lo mismo que en el pasado.

Se separa de mí y duele. Duele alejarme de él, aunque solo sean centímetros. Entonces una duda cruza mi cabeza.

—¿Vienes para quedarte o esta es una despedida?

XVII

Zeta

Abro la puerta del departamento y la dejo pasar primero. No alcanzo a cerrar la puerta tras de mí cuando ella se gira y se cruza de brazos para decir:

—No has contestado mi pregunta.

Suspiro y me revuelvo mi cabello. Claro que quiero quedarme con ella. Para siempre. Pero... Pero tengo un tema pendiente que resolver.

—No es una despedida —aseguro.

—¿Entonces? —Da un paso más hacia mí y me mira con esos ojos que siempre supieron cómo escanear en lo más íntimo de mí.

Ella... Ella siempre ha sido mi espejo.

—Entonces disfrutemos —le tomo ambos hombros y me acerco para abrazarla—. Te extrañé, Vanesa —murmuro muy cerca de su oreja.

—Y yo a ti.

Besa mi mejilla y después repite el mismo acto tres veces hasta llegar a mis labios.

Le tomo de las caderas y la elevo para enredarla en mí.

No hace falta describir qué pasó después de quitarle la ropa con desesperación. Ni hace falta decir que entre gemidos se me escapó su nombre sin ninguna precaución. No tenía ni la menor idea si aquel departamento tenía cámaras o micrófonos. No alcancé siquiera a revisarlo, porque ella se robó toda mi atención.

Ahora descansa a mi lado, desnuda y dormida. Y yo le rozo el contorno de la espalda con la yema de mis dedos.

—Algún día va a ser para siempre. —murmuro y me levanto directo a la ducha.

Dentro de la ducha cierro los ojos y recuerdo todo lo que pasó después de que Celine me dejó con una misión: Contarle a Vanesa quién era su madre.

La primera bala es letal para dejarla caer, después un par de autos ingresan al lugar disparando hacia nuestra dirección. En vano la cubro al tiempo que escondo la carta y su credencial.

Uno de los autos se detiene y de él baja un hombre demasiado familiar. Tengo las manos ensangrentadas y en una de ellas cargo el arma que Celine me entregó poco antes de morir.

—Vaya, vaya... ¿Qué crees que dirá Vanesa cuando sepa que su noviecito mató a su madre?

—¡Yo no la maté, idiota! —grito entre dientes, levantándome para enfrentarlo.

—Eh, eh, eh... —me frena uno de sus hombres. Hombres conocidos también, por cierto. «Mosconi»

Estoy rodeado, no me quedan balas y...

Y desde un helicóptero francotiradores acaban con todos... Todos menos Daniel y uno de sus guardias que desaparecen rápidamente en uno de los autos.

La masacre termina conmigo en medio de todos ellos y con un helicóptero policial dando vueltas alrededor de mí poco antes de aterrizar.

El hombre que baja se presenta como el agente Sullivan.

—Sé que puede estar un poco confundido, agente, pero créame que lo vamos a proteger —dice mientras me guía hacia el interior del helicóptero.

Una hora después estoy sentado en una oficina de la Agencia Secreta de Seguridad.

—Como sabrá, su superior a cargo fue liquidado... en esta misma oficina por la mafia de Mosconi.

Así que fue aquí donde murió mi contacto, pienso observando todo. El hombre se da cuenta de mi inspección y vuelve a hablar:

—Lo noto nervioso, agente. Tiene que confiar en mí. Yo ahora estoy a cargo de la operación espejo.

—Hay mucho que no entiendo —digo cruzando mis brazos antes de apoyarme en el respaldo—. Celine...

—Celine cometió un error.

Se levanta y camina por toda la habitación.

—Me entregó esta credencial —le muestro. Intenta arrebatármela, pero no se lo permito—. Ahora es mía. Voy a necesitarla.

—Celine era una pieza muy importante en la agencia de seguridad. Era nuestra mejor agente encubierta. Pero... un error del pasado terminó delatándola.

«*Vanesa*».

—Lo tenía controlado. Mosconi no sabía que Vanesa existía. Yo estuve dentro de la organización y siempre se persiguió a Celine —digo

—¿Cómo explicas que Daniel se haya acercado a tal punto de ser pareja de Vanesa?

Me quedo helado. Lo sabían. La organización sabía que Vanesa era hija de Celine.

—No tenían cómo saber que era una agente encubierta —digo con rabia. No deberían haber intervenido. Ahora todos hemos sido delatados. Y Vanesa está en peligro.

—Ya lo sabían, agente.

—¡Y no me digas agente! Sabes muy bien cómo llegué a ser parte de ustedes. —Ya había notado que sobre su escritorio tenía mi expediente—. ¿Cómo lo descubrieron? ¿Cómo supieron que Celine era agente?

Entonces nada valió. Su muerte fue en vano. Vanesa ahora sí que estaba en peligro.

—Hace un par de años hubo un robo a nuestra base de datos y se filtraron los datos y ubicaciones de nuestros mejores agentes. Entre ellos... Celine. Recién hace unos días descubrimos quiénes fueron los causantes del robo.

—La mafia de Mosconi... —concluyo.

—Hoy hemos podido desbaratar la Mafia. Hemos realizado operativos en varios puntos de Londres. Lo logramos, están todos muertos o en custodia —dice con una sonrisa triunfante.

—Eso es mentira. —Me levanto con clara intención de irme de allí.

—¿Cómo dice?

—Daniel arrancó. No ha sido neutralizado. Sigue siendo una amenaza para Vanesa.

—¡Eso es imposible!

Toma el teléfono y hace un par de llamadas para averiguar la identidad de todos los que están detenidos y fallecidos. Corta el teléfono furioso y me mira desencajado.

—Confirmado. Daniel Mosconi, el heredero del imperio que formó su padre, aún está suelto.

—Se lo dije —respondo con falsa calma—. Permiso, no voy a seguir perdiendo el tiempo.

Intento nuevamente salir de esa oficina para buscar por mis propios medios al hombre que desde el principio fue una amenaza para Vanesa.

—Detente. No puedes hacerte cargo solo de todo esto. Tú... por ahora, ingresarás a la protección de testigos.

Me giro inmediatamente al escuchar esas palabras. Sé lo que significa

aquello. Deberé desaparecer, incluso para Vanesa.

—No. No lo voy a hacer —aseguro.

—¿Es que no lo entiendes? Tienes la espada de Damocles pendiendo sobre tu cabeza. Y sobre la de Vanesa.

—Por eso. Tengo que advertirle. Tengo que protegerla. Ella no tiene idea de todo lo que pasó después de que tomó ese avión rumbo a Nueva York.

—Vamos a protegerla. Te lo aseguro. Ahora mismo instruiré que un agente la custodie.

—¡No! Tengo que ir yo... —cruzo el umbral, pero afuera dos policías me esperan con las esposas en las manos.

—Tú decides —dice el hombre que ahora está a cargo de todo—. Ingresas al programa de protección de testigos o te llevo detenido a uno de los calabozos que hay debajo de estas oficinas.

Avanzo sin escucharlo. Intento esquivar a los policías, pero es en vano. Me reducen y, pese a mi resistencia, termino esposado y encerrado en uno de los calabozos.

—Vas a quedarte aquí hasta que encontremos a Daniel.

Es un lugar frío, húmedo y con poca luz. Me desespero. Daniel seguramente ya salió del país y estos ineptos no tienen idea.

Me pregunto cómo estando tanto tiempo dentro de la organización no conocí a Daniel, quien por lo que entiendo es el hijo mayor de Mosconi.

Observo el lugar en el que me encuentro solo con la intención de estudiar la manera de escapar de aquí.

Cierro la llave de la ducha y abro los ojos. Lo conseguí. Escapé de aquel lugar... Y a Daniel hasta el día de hoy nadie lo atrapa.

Cuando vuelvo a la habitación donde duerme Vanesa, me recrimino por hacer lo que voy a hacer... Otra vez voy a irme. Tal como lo hice después de pasar la primera noche juntos.

Escribo una nota rápidamente y la dejo sobre el velador. La miro, a ella, a esa mujer tan frágil y valiente. Esa mujer que no tiene idea de que Celine, su madre, ha muerto.

Le beso solo con la mirada para no despertarla y me voy directo hacia la puerta de entrada. Sin embargo, cuando estoy a punto de abrirla, ella habla:

—No tan rápido, Zeta. Esta vez no me vas a abandonar. No sin antes decirme qué está pasando.

Me giro y ella está despeinada y sentada en la cama, cubierta solo con la sábana.

XVIII

Vanesa

Miro atentamente la figura rígida de aquel hombre que me mira sorprendido.

—Si te vas a ir sin despedirte, otra vez —puntualizo—, entonces ten la decencia de explicarme ahora cuál es el motivo —insisto.

Me levanto de la cama sin mirarlo y dejo caer la sábana que me cubre para comenzar a vestirme.

—Estoy esperando, Zeta... —susurro abrochándome el pantalón.

Él camina hacia mí, en silencio. Después me ayuda a abotonar mi blusa.

—¿Confías en mí?

—No se trata de eso. Se trata de que te comuniques. No tengo idea de qué está pasando, tengo un millón de preguntas... ¡¿Quién eres?!

—Sabes muy bien quién soy...

—¿Qué hacía Celine buscándome? Dijo que quería protegerme, pero... ¿por qué? Yo... yo antes de esto era una chica normal. Sé que pedí ser parte de esta búsqueda, pero encontramos a Celine y... ahora terminé escondida en un lugar a la espera... ¿Qué estoy esperando? Se suponía que el peligro acabaría cuando la entregaras... ¿La entregaste? ¿Por eso ahora estás aquí?

Mis preguntas hacen eco en la habitación... Zeta está mudo y eso me asusta...

—¿Estás con ella? ¿Es eso? —No le aparto la mirada y, cuando él intenta hacerlo con la mía, le retengo la mejilla para obligarlo a mirarme—.

Me traicionaste... —asiento tras su silencio.

—No es eso...

—Ándate... —camino hacia la puerta y se la abro de par en par—. Vete con Celine y no vuelvas.

De pronto se me cruza una idea por la cabeza y me asqueo de solo imaginarlo.

—Viniste por mí... ¿cierto? —Me tiembla el mentón y fijo mis ojos en la pistola que lleva oculta a un costado del cinturón.

¡Soy una tonta! ¿Cómo no me di cuenta? Celine y Zeta me usaron a mí como carnada para la mafia. Por eso me buscaban...

Me tiembla hasta el alma de miedo, sin embargo, también estoy preparada. De un rápido movimiento saco un arma que llevo siempre en la cartera y lo apunto. No quiero morir... No quiero matarlo. Dios, si hasta en este momento quiero protegerlo.

Zeta camina hacia mí para quitarme el arma, insiste en que todo es un malentendido, pero le pido que se calle. Si algo me enseñó este mundo es a desconfiar de todos. El mismo Zeta me lo enseñó. Quito como puedo una lágrima que se me escapa y le grito que no se acerque.

—Solo... Solo apártate, ¿sí? —insisto desesperada sin bajar el arma.

Camino cubriéndome la espalda con las paredes y lo apunto girando alrededor de él.

—Vanesa... —dice entre dientes—, baja el arma y hablemos. Te prometo que estás equivocada. Celine...

Doy un disparo al aire para que deje que hablar. Y de acercarse.

—Te dije que no quiero escucharte más.

Insiste en acercarse y yo... Yo ya no soy yo y apunto su pierna cuando lo veo llevarse una mano al interior de su chaqueta. Entonces, aprieto el gatillo y salgo corriendo sin rumbo fijo.

«Me traicionó». «Nunca me quiso». «Fui parte de su mentira».

Continúo corriendo y escapando de algunos guardias que fueron alertados de los disparos dentro del edificio. Corro por las escaleras de emergencias y, cuando ya estoy lo suficientemente cerca de la puerta por dónde sacan la basura, entonces me detengo para descansar.

Después de unos segundos, funciono casi de manera automática: Guardo el arma en la cartera, me hago una cola de caballo y avanzo lo más calmada que puedo hacia una calle que me lleva hasta el bar donde trabajo. Bar que por seguridad tendré que dejar.

Durante todo el trayecto armo mil y un discursos para decirle a mi jefe por qué me iré justo ahora.

El bar ya está abierto, sin embargo, aún no está atendiendo. Me quito la chaqueta, cuelgo la cartera con recelo y saludo a quien durante este tiempo ha sido como el padre que nunca tuve.

—¿Todo bien, Natalia?

Casi siempre me hace esa pregunta, pero esta vez su tono es distinto. Suspiro y me siento en un taburete para mirarlo a los ojos.

—Me iré, Jorge.

Un silencio incómodo se instala entre ambos y yo bajo la mirada a mis manos.

—¿Cuándo? —pregunta con su voz rasposa.

—Hoy.

—¿Dónde irás?

—Aún no lo tengo claro —me encojo de hombros y exhalo todo el aire que retienen mis pulmones.

—¿Es por tu amigo? —Alza una ceja—. ¿Está todo bien?

—Sí, no te preocupes. Está todo bien. Más que bien, pero tengo qué... —disimulo una sonrisa.

—Muy bien... —Con una de sus manos acaricia la mía que descansa sobre la madera oscura de la barra. Acaricia primero el dorso y después la marca roja que quedó en mi dedo índice después de disparar. Sus ojos

vuelven a concentrarse en los míos, como si con aquella mirada pudiera descifrar todo lo que no le estoy diciendo.

—Voy a estar bien, Jorge. Te lo prometo.

Una hora después, guardo en una mochila las pocas pertenencias que tengo y me dirijo hacia la pequeña oficina de Jorge.

Toco la puerta y pregunto:

—¿Puedo?

Me mira quitándose sus anteojos y me invita a pasar.

—Y después de casi un año te vas...

—Lo siento... Si quieres puedo quedarme esta noche a cubrir. Me acabo de enterar de que Leo no vendrá.

Leo es quien hace los turnos que yo no hago. Es un chico muy alegre, chispeante. Demasiado joven como para trabajar, pero tanto él como yo necesitábamos el dinero y fue Jorge el único que nos abrió a ambos las puertas de su bar de par en par.

—Me vendría bien... Y a ti también. —Me dice mostrándome el sobre con lo ganado este mes.

—Entonces... me quedo esta noche y mañana en la mañana me voy.

Dejo caer la mochila.

—Voy a guardarla aquí, así no la subo de nuevo.

Jorge me sonrío y se levanta para darme un abrazo.

—Voy a extrañarte.

Una pequeña lágrima se me escapa al tiempo que nos separamos y le sonrío.

—Y yo a ti.

Esa noche el bar está demasiado concurrido. Es extraño, porque no

siempre es así. En realidad, nunca. Pero tal vez, solo tal vez, yo me estoy preocupando demasiado.

—Jorge, ¡voy a sacar la basura! —anuncio gritando en dirección a su oficina. Le veo levantar el dedo pulgar, asintiendo, y llevo todo al callejón de la vuelta del bar.

Mala idea. A veces la intuición no falla. Como ahora, ahora que me he dado la vuelta después de botar la basura en el contenedor y un arma me apunta.

—Hola, mi amor... —la figura de un hombre está frente a mí y tan solo con escucharlo se me revuelve el estómago.

XIX

Zeta

Horas antes...

—Vanesa... —le digo entre dientes—, baja el arma y hablemos. Te prometo que estás equivocada. Celine...

Da un disparo al aire. Veo sus ojos atormentados, implorando que no me siga acercando a ella.

—Te dije que no quiero escucharte más.

Insisto en acercarme. Tengo que contarle la verdad... Y la verdad la tengo guardada en un bolsillo interior de mi chaqueta: La carta de Celine.

Sin embargo, ni siquiera alcanzo a rozarla, porque Vanesa apunta a mi pierna y dispara. El muslo izquierdo recibe un impacto que comienza a quemar. Y duele.

Mierda.

—¡Vanesa! —grito para detenerla, pero ya es tarde. Ella se ha ido.

Ahora no solo tengo que lidiar con mi herida auestas, sino que también debo ocultarme. La policía no tardará en llegar, alertada por los disparos. Y si llega y me encuentra aquí tendré que dar demasiadas explicaciones. Y yo no tengo tiempo para eso. Debo encontrar a Daniel antes de que él encuentre a Vanesa.

Hace algunos meses me obligaron a entrar al plan de protección de testigos. Era eso o estar encarcelado. Sin embargo, logré escapar de mi custodia para comenzar la búsqueda de Daniel. Hace dos semanas uno de mis contactos me dio a conocer su paradero: Nueva York.

No fue difícil deducir por qué razón él estaba en esta ciudad. Él ahora estaba tras Vanesa. No como exnovia, sino como la hija de la mujer que se infiltró y ayudó a desbaratar el imperio que iba a heredar.

Yo no vine a Nueva York para arrestarlo o para ayudar en ello. No. Yo vine a matarlo. Él sabe mucho de mí. Eso lo descubrí con el tiempo. Sabe mucho más de lo que Vanesa sabe. Y, si bien mi pasado es oscuro, desde que conocí a Vanesa mi comportamiento ha cambiado. Daniel, sin embargo, me encontró junto al cadáver de Celine... Y eso era lo peligroso. Peligroso porque no tenía ni la menor idea de la versión que él le daría sobre la situación a Vanesa. Ni cómo ella se lo tomaría después de saber aquella verdad que he intentado ocultarle. Celine era su madre. Y ante los ojos de Daniel, yo la había asesinado. Había asesinado a la madre de la mujer de la cual estaba enamorado.

Con mi cabeza a mil por hora, ideando la forma de poder encontrarlo, le hago un torniquete a mi pierna y camino con dificultad hacia la escalera de emergencia. Logro salir del edificio al instante en que los carros de policía rodean la entrada. Me apoyo en una pared y, como puedo, saco el celular de mi chaqueta para enviar un mensaje:

«7th Ave. W 44 th St. Urgente.»

Cinco minutos después una furgoneta negra pasa por mí y me lleva directo a un hospital clandestino.

Después de que Celine murió me contactaron dos abogados. Uno de ellos me ayudó a escapar de la protección de testigos y el otro me mostró un listado de servicios a los que podía optar en caso de necesitarlos. Vuelos privados, hospitales clandestinos, pasaportes falsos, residencias privadas. Y una bóveda en cinco bancos distintos. Todo lo que fuese necesario para mantener la seguridad de Vanesa. Aquel abogado se convirtió en poco tiempo en mi hombre de confianza. Y es él el que ahora maneja la furgoneta y da indicaciones para que tengan todo preparado para cuando ingresemos.

—No pude decirle —confieso.

—Debes hacerlo. Ya ha pasado mucho tiempo. —Me mira la pierna y

después pregunta—: ¿Y eso? ¿Fue Daniel? ¿Pudiste encontrarlo?

—No. No fue él. Fue Vanesa. Tiene dudas, Nicolás. Dudas de mi relación con Celine.

—Por eso debes decirle lo que pasó. Y quién fue ella.

—Necesito encontrar a Daniel primero. No quiero ni imaginar las dudas que el discurso de Daniel pueda generar en Vanesa. Además, ahora debo sumar las conjeturas que ella ha hecho sobre Celine y yo.

—Toma...

Nicolás me entrega una tarjeta con una dirección. Miro al hombre que está a mi lado con sorpresa.

—La tienes... Tienes su dirección. ¡Llévame ahora mismo!

Él ni siquiera me mira y sigue sin cambiar de rumbo.

—¿Me escuchaste?

—Sí, pero no lo haremos hasta que te curen esa herida.

—Puedo con ella.

—Daniel Mosconi es un hombre peligroso. Experto en manipulación. Si vas hasta su casa no esperes encontrarte con un almuerzo de bienvenida. Te recibirá con armas, a su estilo. Debes encontrarlo desprevenido. En un lugar público, pero no muy concurrido. No queremos poner en peligro a civiles.

—¿Civiles?

Otra vez me sorprende. Se supone que Nicolás es un civil. Es solo un abogado... ¿o no?

Me sonrío.

—Soy agente, muchacho —Jamás me ha llamado por mi nombre—. Trabajé mucho tiempo con Celine, a su cargo en esta misión.

—¿Qué misión? Se supone que todo acabó.

—Acabará cuando Vanesa esté a salvo. He sido reclutado para apoyarlo a usted en la Operación Espejo.

Sonrío.

—Porque son iguales... —deduzco, sin poder creer que no me di cuenta de que Celine tenía todo fríamente calculado desde siempre.

—Así es.

Por suerte la bala había entrado y salido, así que una hora después de que me vendan y me inyectan algo para el dolor, Nicolás y yo vamos rumbo a la dirección que consiguió de Daniel.

—Solo lo observaremos —me advierte—, esperaremos el momento de tomarlo por sorpresa.

Asiento con la cabeza sin emitir palabra. Debo reconocerlo, estoy nervioso. Y preocupado por Vanesa. No me gustó verla así, tan alterada... tan frágil.

«*Volveré por ti, nena*», pienso cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, evadiendo el dolor de mi pierna trayendo a mi memoria su sonrisa, sus gestos... su boca.

Imagino que aún no se ha ido del bar. Espero que aún no lo haya hecho.

«*No te vayas, cariño*».

Llegamos hasta un motel con segundo piso y desde el estacionamiento solo podemos ver las puertas azules de cada cuarto.

—¿Cuál es? —pregunto inquieto.

—Cuarenta y tres. —Apunta y luego, casi de manera inconsciente, lleva su mano hasta el lugar donde tiene su arma, como comprobando que sigue allí.

—Vamos a esperar...

—Sí.

No hay movimiento durante poco más de cuatro horas y eso me impacienta.

—No puedo seguir esperando, Nicolás. ¿Qué tal si encontró a Vanesa?

Me aterro de solo imaginarlo. Todo este tiempo perdido sin siquiera pensar en la idea de que él pudiese estar frente a ella.

—Dame un segundo.

Hace una llamada y desde el otro lado, en alta voz, le confirman que «*la mujer no se ha movido del bar. Hay mucha gente*».

—¿Lo normal?

—Un poco más...

Nicolás me mira y yo asiento.

—Vamos para allá.

Ya son poco más de las ocho de la noche. La oscuridad ya se posó sobre la ciudad, sin embargo, la noche de Nueva York siempre viene acompañada de las luces de grandes carteles, ventanas de edificios iluminadas y los focos que alumbran las carreteras.

Llegar al bar nos toma casi veinte minutos. Veinte minutos en los que mi mente crea un millón de escenarios posibles: Los hombres de Mosconi armados. Daniel llevándose a Vanesa. Vanesa en el piso del bar rodeada de sangre. Vanesa...

Me niego a seguir pensando. La mafia tiene muchas formas de dar muerte a alguien. Las formas más espantosas y despiadadas posibles. Yo no quiero eso para ella.

—¡Acelera! —grito y golpeo la guantera.

Bajo de la furgoneta cojeando... entonces es ahí cuando lo veo. Lo encontré. Encontré a Daniel. Está de espaldas apoyado en una pared. Intento ocultarme para dispararle directo a la nuca, sin embargo, el silencio se rompe.

—Hola, mi amor...

Y, ante esa frase y el tono utilizado, sé que no está solo. Nicolás me detiene y me obliga a bajar el arma.

—No está solo... No puedes hacerlo si no está solo —susurra—. Soy un agente, no puedo dejar que lo hagas...

—Tiene a Vanesa... —Las palabras casi no me salen. Tengo un nudo de rabia en la garganta. Rabia y miedo—. Vete. Nunca estuviste aquí. Vete y déjame hacer lo que viene a hacer.

—Muchacho...

—Por favor, Nicolás. No puedo hacer otra cosa...

Daniel es un hombre despiadado. Nunca lo conocí porque vivía una doble vida. Él se encargaba de desaparecer por las noches a las prostitutas que se acostaban con su padre para que no lo delataran. Y por el día era el patético novio de Vanesa. Estaba esperando obtener más información para hacerle daño y captar la atención de Celine. Y lo logró. Celine apareció cuando Vanesa estuvo en peligro.

Nicolás no se mueve y Daniel continúa intimidando a Vanesa.

Entonces me acerco con el arma lista para apretar el gatillo.

—Déjala, Daniel... —digo con voz grave, sin titubear, aunque por dentro estoy aterrado. Aterrado por el poder que él pueda seguir ejerciendo en Vanesa. Por el daño que pueda hacernos a ambos.

—Vaya... —gira su cuerpo y me apunta un par de segundos hasta que vuelve su atención a Vanesa, quien me mira conteniendo su miedo—. Llegó quien faltaba.

—No te acerque a ella —ordeno al ver que camina lentamente hacia el cuerpo inmóvil de Vanesa.

—¿O sino qué? —desafía.

—O sino seré yo quien dispare primero.

Ríe sarcástico.

—Así como le disparaste a Celine, ¿no? —Cierro los ojos un momento. Ahí estaba lo que temía—. ¿Te contó? —pregunta mirando a Vanesa, quien vuelve toda su atención a mí. Por un momento su gesto se relaja.

En este momento tengo dos opciones. Dispararle a Daniel para que no

siga dando detalles de Celine y así guardar conmigo el secreto de que es su madre para no hacerle más daño... manteniendo aquella leve sonrisa que se le escapa al saber que he cumplido con mi promesa de entregarla para protegernos. O, dejar que Daniel termine la historia sabiendo que esa sonrisa de Vanesa desaparecerá en cuanto sepa que Celine es su madre y que yo no hice nada por evitar que muriera.

Y aquí estoy, a un segundo de que Daniel vuelva abrir la boca para aniquilarme.

«*Piensa rápido... piensa rápido... piensa rápido*».

—No te alegres, princesa... —dice él acariciándole de manera exagerada una mejilla.

—¡Suéltala! —grito apretando el gatillo, sin embargo, la bala no llega tan rápido como para detener su próximo diálogo.

—Pregúntale a tu noviecito por qué te ocultó que Celine era tu madre y la mató...

Cae al piso muerto instantáneamente. Vanesa me mira aterrada y con sus ojos acuosos.

—¿Qué hiciste? —susurra.

—No... No es así, Vanesa...

—¡Qué hiciste!

Repite, pero ahora corre hasta el cuerpo inerte de Daniel. Le acaricia las mejillas como me gustaría que me las acariciara a mí. Se preocupa por él y no me mira. Sigo aquí, inmóvil junto a ella, preguntándome si hice lo correcto.

—Vanesa... —le llamo, pero no responde. Me ignora por completo.

—Lo mataste... —por fin eleva su vista, pero lo que me dice me destroza—: Eres un monstruo. ¿Celine era mi madre? ¿La mataste aun sabiéndolo? Eres un monstruo. Ahora entiendo por qué siempre me dijiste que eras demasiado oscuro para mí. Vete... vete con tu vida de mierda. Asesino.

Ni siquiera puedo defenderme, la barrera enorme que Vanesa interpone entre ambos no me permite siquiera acercarme para explicarle.

Entonces la veo llorar aferrada a un cuerpo que no es el mío. Y no me queda más que dejar caer mi arma a sus pies.

Camino hacia atrás, destrozado. Avergonzado de mí, de todo lo que hice seguido por mis instintos.

«Yo no maté a Celine, nena. Yo no lo hice».

XX

Vanesa

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me mantengo abrazada al cuerpo sin vida de Daniel. Daniel, Daniel, Daniel... Había sido un hombre verdaderamente importante para mí. No podía entender el motivo de que me apuntara con un arma, ni la razón por la cual Zeta le disparó poco después de que me contara sobre mi origen.

Celine era mi madre... Aún no podía asimilarlo. Como tampoco puedo entender cómo Zeta conocía el vínculo y no fue capaz de decírmelo, de advertirme para... tal vez preguntarle los motivos para abandonarme... cuál era mi verdadero origen.

Lloro no solo por Daniel, sino que también porque ya no tengo la oportunidad de saber su versión. Celine está muerta... Zeta lo hizo.

Tengo un montón de sentimientos luchando en mi interior. Sé a grandes rasgos lo que Zeta hacía. Mató algunas veces para protegernos, pero... pero ver que mataba sin titubear a alguien importante para mí me golpeó. Dios, era Daniel. Mi Daniel.

Le acaricio ese rostro que tantas veces me enloqueció y se me aprieta el pecho. No merecía morir así. Yo podía controlarlo. Yo tal vez podía evitar que nos disparara...

«Tal vez. Tal vez. Tal vez.»

Las luces policiales se acercan a nosotros. A lo lejos diviso a Jorge que intenta correr hacia a mí, pero un hombre lo detiene. Me separan de Daniel. Lo cubren con un plástico naranja y yo me siento en el borde trasero de una ambulancia. Revisan mis signos y preguntan qué ocurrió. Estoy muda. No

digo nada porque si abro la boca tendré que contar que fue él, mi amor, quien acabó con la vida de mi exnovio. Y yo, por más odio que en estos momentos siento hacia él, también lo quiero. Quiero protegerlo.

En sus ojos vi tanto dolor. Tanta decepción y arrepentimiento. Me abrazo para controlar el temblor que se apodera de mí.

—Señorita, necesitamos saber quién les hizo esto —dice un oficial.

¿Qué voy a decirle? Miro en dirección al cuerpo cubierto de Daniel. Está muerto. Lo mató él. Zeta. Mi Zeta.

Vuelvo a llorar y un hombre que ni siquiera conozco se acerca a nosotros.

—Déjela tranquila. Le prometo que declarará en cuanto se sienta mejor. —Le entrega una tarjeta y se presenta—. Nicolás Smith, el abogado de la señorita.

Lo miro sin entender nada. El oficial se retira y ahora el abogado se gira y me mira de pies a cabeza.

—Señorita, Natalia. Tengo instrucciones de defenderla. Y protegerla. Vamos, por favor.

Me sorprende que sepa el nombre que me dio Celine para volver a empezar. Y también que tenga instrucciones de defenderme.

—Si el que causó esto lo envió, entonces no necesito nada de usted —digo desafiante, sin apartarle la mirada.

—Fue su madre, señorita.

Me quedo helada y ante esa mención decido acompañarlo.

—¿Qué puede decirme de ella? —pregunto siguiéndolo con los brazos cruzados.

—Yo, nada.

Abre la puerta de una furgoneta y dentro de ella siento el leve aroma de Zeta. Miro hacia todos lados, pero no lo encuentro. Me relajo y descanso todo mi cuerpo en el asiento. Agotada. Algo en el exterior llama mi atención. El abogado habla con mi jefe, le tranquiliza tocándole el hombro y entregándole

una tarjeta.

«*Celine era mi madre*», comienzo a convencerme. «¿*Y me sigue protegiendo?*»

Nicolás sube a la furgoneta hablando por teléfono, lo último que logro escuchar es:

—¿Dónde mierda te metiste? Ahora también voy a tener que encargarme del arma.

Después de echar a andar el auto, corta la llamada y me mira con una sonrisa.

—Estará todo bien.

—¿Qué voy a decir cuando la policía me pregunte qué ocurrió allí afuera?

—Nada. No te llamarán a declarar.

—Pero si...

—Ya nos estamos encargando de eso, Vanesa.

Me miro las manos, enojada. ¿Cómo es posible que quede impune la muerte de Daniel?

—Él no merecía morir... No así.

—Daniel no era de los trigos limpios. No tienes idea de lo que era y hacía Daniel.

Lo miro alterada.

—Claro que no lo sé, si nadie me dice nada.

—No soy la persona autorizada para decírtelo.

—¿Entonces quién? —pregunto cansada, desviando mi mirada hacia las calles.

—Zeta... Así le dices ¿no? —Me giro inmediatamente al escuchar ese nombre.

—Yo no voy a hablar con ese asesino. Mató a mi madre... No me dijo

que lo era... Dios mío, planeé matar a mi madre para que Mosconi nos dejara tranquilos.

Me siento tan confundida, tan asqueada de todo.

—No soy la persona indicada para aclararte esas dudas —repite.

—No voy a hablar con él —insisto, cruzándome de brazos—. Quiero volver al bar. Necesito sacar mis cosas e irme... lejos.

—Señorita, en estos momentos usted está bajo mi cuidado.

—¿Y eso quién lo dice?

—Su madre.

—Ella está muerta.

—Pero dejó instrucciones.

—Déjame aquí, por favor —solicito cansada—. No quiero seguir siendo parte de esto.

El hombre no se detiene, al contrario, acelera.

—Detente.

—Ya estamos llegando, señorita.

Es una zona residencial, repleta de edificios. Estaciona y no quita el seguro hasta que da la vuelta y se asegura que bajo junto a él.

—¡Hacia dónde vamos! —exclamo cansada siguiendo sus pasos.

—A su departamento. —Disminuye el ritmo de caminar para permitirme alcanzarle—. Allí estará segura hasta que arreglemos todo. Le entregaremos una nueva identidad y...

—¡Ya no quiero esto! —sollozo—. ¿Usted no entiende? Ya no tengo vida desde que lo conocí a él y me metió a este mundo. Y ahora resulta que siempre estuve destinada a llegar a él... que mi madre era la gran estafadora y narcotraficante Celine. Ya no quiero más de este mundo. No quiero más secretos.... No quiero más disparos ni mentiras.

Y lloro, aferrada a mí misma. Porque me siento sola. Sin amigas, sin familia... sin él.

Nicolás se queda inmóvil, mirando tras de mí. Y, después de unos segundos, siento cómo unos brazos me rodean.

—Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para sacarte de este mundo. De mi mundo.

Un escalofrío me recorre al escuchar su voz otra vez. Y sentirlo... Me permito sentirlo unos segundos, cierro los ojos y cuando los vuelvo a abrir todo desaparece, incluso Nicolás.

—Zeta...

—Sí...

—Suéltame, por favor —imploro sin estar segura de querer que lo haga.

—Tenemos que hablar... Escúchame, por favor. Si después quieres que desaparezca, así lo haré. —Relajo mis hombros, rindiéndome. Después, lo miro y enfrento cruzada de brazos.

—Te escucho.

—Vamos a tu departamento, por favor —me pide mirando hacia la furgoneta en la cual seguramente está esperando Nicolás.

Me doy vuelta para caminar hacia la entrada del edificio, sin esperarlo. A los pocos segundos lo siento tras de mí.

—Vamos al piso cuatro, Vanesa.

—Bien —asiento saludando al conserje, entregando mi nombre. Zeta hace lo mismo, pero yo no lo espero y en vez de usar el ascensor, opto por las escaleras.

Llego tan rápido como puedo al cuarto piso y me detengo ante la única puerta que hay en él. Mientras espero a Zeta, que seguramente traerá la llave, me apoyo en una de las paredes y me tomo, por primera vez en mucho tiempo, unos segundos para pensar en mí. En lo que soy. En cómo hubiese sido mi vida si Celine no me hubiese abandonado... Y, la gran pregunta... ¿Realmente me abandonó?

Zeta aparece por las escaleras y se frena en cuanto me ve. Me mira de pies a cabeza y después inhala profundamente antes de avanzar hacia mí. Lento, muy lento.

—¿Estás bien? —pregunta bajito.

Asiento, sin embargo, le esquivo la mirada.

Pasa por mi lado y su aroma me azota sin piedad. Abre la puerta y me pide que pase antes que él.

Descubro una habitación cálida. Con sillones blancos y muebles cafés. Al fondo, puedo ver tres puertas. Una de ellas se supone que es el baño. Y, a mi costado, la cocina americana. El encanto me dura muy poco, lo que realmente quiero es saber... No importa qué, pero sí saber lo que Zeta tenga para decir.

—Te escucho —digo sin mirarlo. Pero él me obliga a hacerlo. Se para frente a mí y exige que mis ojos no se separen de los suyos.

—No dejes de mirarme, por favor.

Se queda callado. Inhala, relaja el rictus de su rostro y deja caer los hombros para decir:

—Antes, cuando recién te conocí, rehuía tu mirada. Tus ojos eran el espejo en el que no me quería ver. Porque en ellos veía al hombre en el que me estaba convirtiendo. Yo no era así. No siempre fui así. Un asesino como me dijiste. No siempre fui así. —Se le quiebra la voz, sin embargo, no deja de hablar—. Fui muchas cosas... Y para volver a mirarte sin avergonzarme debía limpiarme, quitar las manchas que harían que tus ojos se opacaran cuando supieras que, además de narcotraficante tuve que ser un asesino. Disparé sin titubear muchas balas. Acabé con la vida de quien me dijeran. Y todo para ganarme la confianza de los Mosconi. Pero te juro... —acentúa—. Te lo juro... Yo no maté a Celine. Cuando me llamaste asesino me golpeaste. Lo hiciste porque verbalizaste lo que en mi interior me reclamaba de manera silenciosa. Había traspasado muchos límites en mi vida. Y acabar con la vida de otros era el peor de ellos. Cuando te vi ahí, mirándome con tanto odio... yo me destrocé. Sigo destrozado, porque tal vez nunca cambie en lo que me he convertido. Pero, así como lo hice hace unas horas, dejo caer todas mis

armas, Vanesa.

Se aleja y toma una mochila que no había advertido, vaciándola. Deja caer una a una las armas que allí lleva.

—Esto es lo que era. Ahora estoy vacío. —Suelta la mochila y se acerca para rodear con ambas manos mis mejillas—. Lléname. Lléname de ti porque de lo contrario no sé cómo seguir.

XXI

Zeta

Después de mi declaración ella no dice nada. Y ese silencio abrumador me aterra. Me aterra pensar que ella retrocederá y saldrá por la puerta de este lugar para dejarme aquí, vacío.

La veo titubear. Abre y cierra la boca, buscando desesperada el aire que de seguro le falta. Como a mí. Y, cuando creo que sus pasos la alejarán de mí, sus brazos me rodean. Me siento tan vulnerable y protegido a la vez.

Con temor le abrazo también. Recorro lentamente su espalda al tiempo que ella me besa la mejilla. Una y otra vez.

—Vamos a estar bien —susurra apoyando su frente en el mismo lugar que ha dejado sus besos.

Le abrazo aún más fuerte para que no se me escape este momento. Ni ella.

—Perdóname... —susurro también.

Poco a poco nos vamos separando, solo quedan unidas nuestras manos que se niegan a soltarse. La miro en completo silencio y... Dios, quiero que diga algo.

—Zeta...

—Vanesa... —digo al mismo tiempo que ella.

Reímos y, cuando se amaga aquel sonido, volvemos a perdernos en los ojos del otro.

—Dime algo, por favor... —suplica.

—¿Estamos bien?

—Vamos a estarlo.

—Bien... Entonces creo que debo empezar a hablar —digo más para mí. Suelto mis manos de ella muy a mi pesar y me limpio el sudor de ellas en la tela de mi pantalón—. ¿Quieres un café? —pregunto sin esperar respuesta, yéndome hasta la cocina.

—¿Conocías este lugar? —pregunta sentándose en el sillón.

—No.

—¿Sabías que mi... mamá seguía protegiéndonos?

—Sí... Algo.

Mientras el agua hierve intento ordenar mis ideas. ¿Qué decirle primero? ¿Lo de Celine o lo de Daniel?

—Vanesa...

—¿Sí? —había tenido la vista perdida hasta que le he llamado.

—¿Qué quieres saber?

—¿Todo? —dice en un tono que deja entrever que su respuesta es una obviedad.

—Bien... —asiento mientras tamborileo la isla que separa la cocina de la sala—. Cuando subiste a ese avión... todo pasó muy rápido... Ella... Ella disparó.

—¿A ti? —me pregunta asustada.

Niego.

—Es mejor que... Dame un segundo.

Preparo las tazas con café y me maldigo. Debería empezar por el principio... Por cómo descubrí que era su hija.

Una vez que estoy sentado junto a ella le acerco su taza y comienzo a relatar:

—Me llamó mucho la atención el trato que tenía hacia ti. Conocía

muchas cosas de ella, la sabía despiadada, escurridiza... pero nunca compasiva. Jamás se había dejado ver a voluntad. Cuando llegué al departamento antes de que te dispararan, ella se hizo pasar por ti. Sin embargo, la descubrí fácil... La vestimenta, algunos rasgos físicos... No eras tú. Y, ahora que lo pienso, tal vez ella quiso que la descubriera.

—Venía para protegerme... —concluye desviando su mirada.

Asiento y continúo mi relato:

—Es lo que me dijo. Si no hubieras sido importante, jamás se hubiese revelado a sí misma. Era exponerse demasiado.

—Pero lo hizo.

—Y eso fue lo que la delató. Era tu madre... No había dudas para mí.

—¿Se lo dijiste? —la pregunta sale tan rápido como la segunda—: ¿Supo que te diste cuenta?

—Sí, le pregunté. No fue clara al principio... después lo aceptó.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Te das cuenta que jamás tendré respuestas? ¿Cómo murió?

Suspiro.

—Ella no quería dañarte... Sabía que si se conocía la relación entre ambas estarías en peligro. Serio peligro.

—No logro entender eso...

—Daniel.

—¡¿Y ahora qué tiene que ver Daniel?! —Exclama cansada, dejando su taza en la mesa central y levantándose para caminar por la sala.

—Daniel era el hijo prófugo de Mosconi.

De la nada se larga a reír. Es una risa distinta, teñida de ira contenida que poco a poco se va transformando en llanto.

—Perdón... —hipa—. ¿En serio? ¿Mosconi? —Limpia con el dorso de su mano derecha una de sus mejillas y yo no aguanto más. Me levanto y la rodeo con mis brazos.

—Tranquila —me muevo junto a ella, casi meciéndola.

Sin soltarla, le digo muy bajito:

—Ninguno de los dos nos dimos cuenta, si eso te sirve de consuelo. Él vivía una doble vida. Jamás se apareció en la organización. No sé si con su padre tenían buena relación o no... En realidad, sé muy poco de él.

Suspiro, me tomo unos segundos para acariciar su cabellera, y continúo:

—Después de que subiste al avión, Celine dejó un arma en el suelo y, con un golpe de pie, me la acercó. Me ordenó que disparara...

La siento removerse inquieta, hasta que finalmente me mira directamente a los ojos y dice:

—No te calles. Dímelo todo.

—Le dije que no lo iba a hacer, que ella debía buscarte y contarte su verdad. Responder a tus preguntas. Dijo que todo estaba mejor así. Que nos había escuchado y concordaba con lo de entregarla muerta para que Mosconi nos dejara en paz...

—Eso era algo estúpido.

—Lo era, porque en realidad querían que ella apareciera. Y te usaron como carnada. Daniel sabía que eras su hija. Su punto débil. Ellos no la querían muerta. La querían para que trabajara para ellos. Querían usar sus contactos y... chantajearla con tu bienestar era el propósito.

—Si hubiese sabido que era mi madre... jamás lo hubiera dicho. Yo... habría pensado en otra cosa... Se fue creyendo que yo quería matarla...

Su tono de voz baja y lentamente se suelta de mí.

—Escucha... No es tu culpa —Tomo una de sus manos para acercarla —. No es tu culpa...

—Entonces quiero encontrar al culpable.

—Ya está muerto...

—¿Daniel? —Sus ojos vuelven a nublar y yo maldigo a ese imbécil.

—Celine me ordenó dispararle.

—¿A Daniel?

—A ella. Me ordenó hacerlo como mi superior...

—Ay, no... ¿Estás bromeando? Me estás viendo la cara, ¿no?

Se suelta rápidamente y camina hacia la ventana, apoyando ambas manos en ella.

—Estoy agotada, Zeta. Si no me vas a decir la verdad... por favor vete.

—No te estoy mintiendo. En ese momento no podía entender muy bien por qué me lo decía. Entonces me dijo que, si no lo hacía yo, lo haría ella. Y lo hizo. Fue rápido, sin embargo, me dejó dos cosas...

Gira solo un poco su cabeza para prestarme atención. Entonces saco del interior de mi chaqueta la credencial y la carta.

—Te las dejó a ti. Ella... era un agente. El servicio secreto la estaba buscando porque estaba en peligro. Tenían que reubicarla. A ella y a unos cuantos más que fueron expuestos después de que el Servicio Secreto de Inteligencia sufrió un robo a su base de datos... Robo que revelaba identidades y posiciones de los agentes. Celine estaba dentro de esa base de datos, Vanesa. Daniel estuvo a cargo de ese robo. Yo... —Me frotó la frente sabiendo la bomba de información que he soltado-. Lo siento, Vanesa.

Se voltea completamente y camina hacia mí.

—¿Qué es eso? —apunta las dos cosas que tengo en mi mano.

—Una credencial —muestro—. Y... una car...

No alcanzo a terminar la palabra cuando me la arrebató de las manos y se encierra en una habitación.

La dejo sola, respeto su espacio... pero escucharla llorar después de un rato me parte el alma.

XXII

Vanesa

Me encierro en la primera habitación que encuentro y, apoyada en la puerta, miro el papel que tengo entre mis dedos. Y tiemblo. Dentro de esta carta doblada hay respuestas. Quizás todas las que yo quiero.

La abro lentamente mientras en mi mente voy revelando los recuerdos de mi niñez. Solo está Clara en ellos... y yo quiero buscar en mi memoria la silueta de Celine.

Inhalo profundamente y comienzo a leer.

"Hola, Vanesa...

Sinceramente no sé cómo empezar. Supongo que ya sabes que soy tu madre y que Zeta te ha contado su reciente descubrimiento. Sí, soy un agente. Lo era hasta escribir esta carta.

Quiero que sepas cada detalle de mi decisión. Mis decisiones... El alejarte de mi lado y el acabar con mi vida. Necesito saber que entiendes que todo lo que he hecho ha sido por tu bien.

Era muy joven cuando me asignaron ser parte de una operación encubierta. Para mí era un sueño, era todo lo que había anhelado hasta ese entonces.

Solo había algo que tenía que dejar atrás: Mi familia, mis amigos, tu padre... Debía alejarlos de mi vida para protegerlos. Claramente no podía decir qué era lo que me hacía alejarme. Todo era muy clasificado.

Y, cuando creí que me había separado totalmente de mí y de mis sentimientos, llegaste tú.

No fue fácil asimilarlo. Cuando me dieron una nueva identidad barrieron con todo mi pasado para que eso no fuera un impedimento en la investigación. Yo no podía tener ningún punto débil del cual los "malos" pudieran aferrarse para hacerme flaquear. Pero tú, creciendo de prisa en mi vientre, eras mi debilidad. Si alguno de ellos descubría tu existencia te harían mucho daño. Y, aunque me duela asumirlo, ponías en peligro la misión para la cual fui reclutada.

No me odies. Todo lo que hice fue pensando en que era lo mejor. Te abrigué en mi vientre lo que más pude, inventé un viaje ficticio (como todo en esta vida que decidí vivir), y esperé tu llegada en una granja de la cual solo una persona tenía conocimiento: Clara.

Y tal vez te vas a preguntar quién era ella en mi vida. Clara era una buena amiga, una mujer que te cargó en sus brazos desde que naciste y que, estoy segura, no te ha soltado más."

Me detengo un momento para limpiar las lágrimas que se han empezado a acumular. Por alguna razón me identifico con Celine. Yo también abandoné todos mis afectos por seguirlo a... Él... y por descubrir a qué se debía el parecido con ella. ¡Quién lo diría! Estaba buscando a mi propia madre.

Me dejo caer apoyada aún en la puerta y me siento en el suelo para continuar mi lectura.

"No tuve otra elección, hija. No pude ver otra forma de protegerte que no fuera entregarte a Clara para que cuidara de ti. Mantenerte en la vida que me habían designado hubiese sido tenerte atada a una bomba de tiempo.

Jamás pensé volver a verte. Había planeado muchas cosas para ti, pero nunca pensé que nos reencontraríamos. Supe que me buscaban y decidí adelantarme a Mosconi para protegerte. Claro que no me salió muy bien porque terminaste herida. Lo siento por eso.

Cuando te vi y descubrí en ti la copia fiel de mí misma tuve unas enormes ganas de abrazarte. De decirte toda mi verdad y por primera vez quise una vida normal. Hubiese dado todo por no haberme perdido cada

segundo de tu vida.

No sé cuáles serán tus planes de ahora en adelante. O si tal vez tu intención sea seguir los pasos de Zeta (y tu madre). Permíteme un consejo y busca una vida normal. Donde seas libre. Libre de verdad. Lejos de las armas, de vivir arrancando, lejos de esta vida donde no sabes cuándo una bala paralizará tu mundo. Ya no estás en peligro, porque estoy demasiado lejos como para que te usen para doblegarme.

Me gustaría seguir imaginándote sonriente y rodeada de niños. Con familia. La familia que yo no podía permitirme tener.

Vive, mi niña. Pero vive bien. La adrenalina es placentera por un momento, pero no hagas de ella un estilo de vida.

Con cariño,

Mamá."

—Yo también quiero esa vida normal, mamá... —susurro ahogada en un sollozo, abrazándome a mí misma.

Me tomo varios minutos para tranquilizarme. Y me llevo una y otra vez el papel salpicado de lágrimas al medio de mi pecho. Cierro los ojos y recuerdo el último abrazo que me dio, deseando que aquella sensación no se borre de mi memoria jamás.

Cuando ya estoy más tranquila, abro la puerta de la habitación y allí está él. Mi Zeta. Está expectante, preocupado.

—Quiero una vida normal —exijo.

Sus brazos no tardan en envolverme, y es allí donde me refugio, exigiendo más.

—Y quiero hijos. Muchos.

Zeta rodea mis mejillas con sus manos tibias y apoya su frente en la mía.

—Los que quieras —dice sonriendo.

Le beso. Mis manos comienzan a acariciarle el torso hasta bajar al botón del pantalón que nos separa. Y me deshago de sus ropas y él de las mías.

Zeta es mi refugio. Y el espacio que hay entre sus brazos es el lugar que quiero convertir en mi hogar.

EPÍLOGO

Cuando Emilio entró por la puerta de su nueva casa, no imaginó jamás encontrarse con ese desastre.

Había luchado mucho para aceptar la propuesta que precisamente ahora lo tenía maldiciendo en silencio.

Avanzó con paso firme y respiró contando hasta mil... hasta que sintió cómo la ventana estallaba en mil pedazos por culpa de una pelota que ingresó desde el exterior y le cayó justo en la cabeza.

—¡Mierda! —exclamó asustado.

Una cabeza rubia se asomó por una de las ventanas que aún seguían intactas (por ahora) y le saludó con una sonrisa ingenua mientras movía su mano de un lado a otro.

Cuando estaba a punto de llamarle la atención por la nueva travesura, entonces apareció Whisky corriendo desde el baño. El perro se le tiró encima y ladró un par de veces antes de dejar ver el desastre que había dejado a su paso. Desastre del cual ya se había percatado Emilio, pero que Ruth aún no había visto.

—¡Whisky! Hoy te quedas afuera.

La mujer, sin querer ver el rostro de su marido, comenzó a recoger los papeles higiénicos que estaban desperdigados por todo el pasillo, la sala...

—Te dije que no era buena idea tener un perro —reclamó Emilio tras de ella.

—Es cosa de que se acostumbre —justificó con dulzura al tiempo que se giraba para darle un beso fugaz.

—¿Viste lo que hizo Samuel? ¡Tres! ¡Van tres vidrios esta última

semana!

Estaba informado de todo lo que sucedía en su ausencia. O casi todo.

—Te dije que no era buena idea comprarle una pelota todavía —Se colgó de su cuello, melosa.

—Es cosa de que se acostumbre. —Le guiñó el ojo y siguió avanzando con ella hacia la habitación—. Te extrañé.

—Y yo a ti.

Los ojos dulces y compasivos de Emilio rápidamente se transformaron al ver en lo que se había convertido su habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer dándose la vuelta para ver lo que provocaba el cambio en su marido—. Oh... Oh...

El rollo de papel higiénico había volado por los aires, enganchándose al ventilador, a la ventana, a las puntas de la cama...

—Mamá dijo que cuando llegaras íbamos a decorar la casa. Así que empecé por aquí —dijo la menor de los mellizos, Celine.

Ruth intentó no echarse a reír, pero las pataditas de Gustavo le produjeron tal cosquilla que no se pudo aguantar.

—Ayúdame, por favor —imploró Emilio buscando en los ojos de Ruth una pizca de autoridad.

—Sí. Perdón, perdón —carraspeó un par de veces y después se puso una mano en la cintura y miró fijamente a su hijita—. Celine...

—¿Cierto que quedó lindo, mamá? Me ayudó Calabaza.

Y de debajo de la cama sacó un cachorro que con suerte podía abrir los ojos.

Emilio con su paciencia al mínimo se acercó a su pequeña y le preguntó con una sonrisa tirante.

—¿Y eso, mi amor?

La niña miró a su hermano que se asomaba con la pelota entre sus manos. Después buscó apoyo en los ojos de su mamá y finalmente miró a

Whisky que se lamía una de sus patas, muy despreocupada.

—Es que...

A esas alturas Ruth se daba cabezazos en la pared y Emilio lo notó. Samuel, por otro lado, no halló nada mejor que ponerse a dominar la pelota y dejarle la responsabilidad de contar la buena nueva a su hermana.

—Es que... ¡Whisky no es él, es ella!

Se giró inmediatamente, casi mareándose y miró a su mujer.

—Venía con sorpresa.

A Whisky la habían rescatado de la calle. Se robó el corazón de todos los miembros de la familia, menos de uno. Sin embargo, como por trabajo estaría fuera casi un mes, cedió a dejarlo entrar a la casa para que los niños y Ruth no se sintieran tan solos. ¡Cómo había cedido tan fácil, por Dios!

—¿Con cuántas sorpresas como esas? —preguntó apuntando a Calabaza.

Tanto Ruth como Celine cerraron sus ojos y abrieron sus manos para mostrarle.

—¡¿Cinco?! ¿En serio? ¿Cinco, Ruth?

La mujer no alcanzó a responder, porque un estruendo proveniente de la cocina la alertó.

Ay, Dios.

—¡Samuel! —gritaron ambos al deducir que la famosa pelota otra vez había hecho de las suyas.

Ahora habían sido las copas y los platos las víctimas de sus andanzas.

Emilio se tomó unos segundos, inhaló y exhaló y, mientras lo hacía, los niños y los perros salieron al jardín. Sabían que el papá ya no estaba de buenas.

Una vez que estuvieron solos en medio de la sala, miró a su mujer y preguntó:

—¿Esta era la vida normal que querías? —Y sonrió resignado,

acercando su mano a la panza de siete meses de su mujer.

—No pensé que sería tan intensa, pero...

—Mira que te aseguro que la adrenalina de antes era más manejable que estos hijos que tenemos.

—Shh... Pueden escuchar. —Le cubrió los labios con su mano y él aprovechó de besársela.

Emilio asintió y ella, como siempre, le acarició el tatuaje en forma de Zeta que los unía a aquel pasado.

—No cambiaría por nada la familia que tengo, Vanesa... —susurró muy bajito—. Me superan, pero son lo más importante para mí.

Ella lo abrazó, refugiándose como siempre en aquel lugar que le hacía sentir protegida.

—Míralos... son tan felices —comentó orgullosa mirando al exterior. Y él, sonriente, le besó la coronilla.

—Yo también lo soy.

Se tomaron unos minutos en silencio hasta que Emilio la soltó y le dijo:

—Voy a ir a jugar con Samuel... a ver si por fin le achunta al arco y no a la ventana.

Lo vio alejarse contento, relajado... pleno.

Hacía casi un mes que había viajado fuera de la ciudad para hacerse cargo de una empresa agrícola. Nada relacionado con mafias, armas o algo que lo conectara a aquel mundo oscuro y traicionero. Y ella, estaba terminando por fin de estudiar lo que había dejado a medias. Tenía que aprovechar de hacerlo antes de que naciera su tercer hijito.

Vivían a las afueras de Londres. Contaban con un patio enorme y con árboles que cercaban la casa que Celine, de una u otra forma, se había encargado de dejar a su nombre sin vincularla directamente.

Ruth caminó hacia el patio para acompañar a su familia. Por suerte,

alcanzó a sentarse antes de que la pelota, lanzada por Emilio, desviara su dirección para aterrizar justo en la ventana que daba hacia la sala.

Se produjo un silencio hasta que Emilio habló:

—Sí, creo que el problema es la pelota.

Y después, la tentación de risa comenzó con Ruth para luego seguir con los niños y terminar por apoderarse de Emilio.

Y ahí estaban, viviendo una vida "normal", manteniendo alejados a sus hijos de los peligros que hay en aquel mundo que es mejor no conocer.

Fin